

LA POSICIÓN PRIVILEGIADA DE ISRAEL EN LA POLÍTICA EXTERIOR DE ESTADOS UNIDOS

Julian Peñas Mora
Colaborador del CESEDEN.

Introducción

Así es estimada la que ocupa Israel a causa de la relación establecida entre los dos países, fundamentada en la intensidad de los contactos y la estrecha cooperación, que unida a las diversas formas de contactos militares, diplomáticos, económicos y tecnológicos dan lugar a unos lazos extraordinariamente sólidos que en, algunos periodos de debilitamiento y degradación de los contactos pudo llegar a parecer peligroso, sin aproximarse nunca a una ruptura total. Para los israelíes, la forma en que Estados Unidos percibe y siente estas relaciones llega a ser totalmente determinante, ya que conlleva su bienestar y su futuro. Para Estados Unidos, así como para otros Estados, y más claramente para los pueblos de Oriente Medio, las relaciones entre Estados Unidos e Israel son percibidas igualmente como factor esencial, pues tal conflicto calificado como crítico en que aparece envuelto Israel provoca, en mayor o menor grado, más o menos directamente, la intervención de poderes exteriores, en la importante región estratégica en que se sitúa geográficamente el Estado israelí. Puede decirse, pues, que la posición de Israel en la política exterior norteamericana resulta tan privilegiada que podría afirmarse, sin reservas, que Estados Unidos resulta ser así, en muchos aspectos, parte en los conflictos entre árabes e israelíes, lo que con certeza no puede decirse igualmente de otras fuerzas exteriores interesadas de distinta manera en las crisis que, constantemente, existen en la región donde se asientan aquéllas.

Para el presente y futuro desarrollo de Oriente Medio, la íntima correlación entre la crisis árabe-israelíes y los lazos americano-israelíes es tan estrecha que árabes e israelíes, así como los norteamericanos, no dan un paso sin antes sopesar el efecto que ejercerá sobre cualquiera de los demás. Así, por ejemplo, en el equilibrio de fuerzas, por citar un solo caso, toda medida que afecta a su posible alteración habrá de ser considerada previamente, y lo mismo sus consecuencias, teniendo en cuenta sus efectos sobre las relaciones Israel-Estados Unidos; y de la misma manera el mantenimiento de estas relaciones implica estar atento a lo que representa cualquier medida adoptada por uno de los Estados en el equilibrio de fuerzas existentes.

De esta forma, las relaciones norteamericano-israelíes ofrecen a cada parte grandes posibilidades o graves inconvenientes, particularmente, porque cada una de ellas percibe las estrechas relaciones y sus posibles consecuencias en función de sus ideologías e intereses, dictándose entre otras las siguientes explicaciones:

1. Que Israel representa una importante baza estratégica para Estados Unidos.
2. Que hay coincidencia entre los intereses estratégicos de uno y otro.
3. La obligación moral en que se encuentra y siente Estados Unidos de dar protección al Estado de Israel.
4. La influencia de los grupos judíos en Norteamérica, tan poderosos que imprimen su sello a la política del Gobierno sobre Israel.
5. Que Estados Unidos cuenta con el Estado judío como una base para aplicar y ejercer su imperialismo.

Sea cual fuere el punto de vista que se adopte para explicarse las citadas relaciones bilaterales, no habrá que perder de vista el lugar que ocupa Israel en la doctrina estratégica de Estados Unidos, entendida ésta como conjunto de afirmaciones coherentemente establecidas, unidas a la acción y sin posible aislamiento o consideración independiente, descartando las bases especulativas. Dicho de otra forma, puede calificarse la doctrina como el discurso que tiene por finalidad conducir una acción coherente, lo que presenta varias dificultades:

1. Que podría ocurrir que el discurso oficial no sea único sino varios en coexistencia a causa de la pluralidad de participantes, en un momento determinado, en la adopción de una decisión que por lo demás, pueden alterar sus posiciones según cambien las circunstancias, lo que obliga a decidir sobre el criterio que debe seguirse.
2. Que existe una desincronización entre la doctrina oficialmente establecida y la política realmente aplicada, por razones diversas o consideraciones tácticas.
3. Que el discurso pierda coherencia, impidiendo la uniformidad de las decisiones, como cuando se afirma que Estados Unidos considera a Israel como algo beneficioso para Estados Unidos al mismo tiempo que se consideran obligados moralmente a prestar apoyo a Israel, porque ¿cuál de estas dos afirmaciones, aparentemente proisraelíes, son congruentes en sus implicaciones estratégicas?

Las dificultades enumeradas sugieren que resulta imposible establecer una doctrina oficial, solidariamente asentada, ni reunir en unas manifestaciones lo que constituye, recogidas en unas declaraciones racionalmente seleccionadas, la doctrina estratégica que inspira las decisiones, en este caso aplicadas a Estados Unidos, que se refieran a Israel, lo que no quiere decir, que no exista, si bien inducida de la práctica norteamericana una más bien que deducida de declaraciones oficiales, o mejor dicho implícita, lo que requiere convertirla en explícita, extraída de la práctica de los hechos aplicada a Israel, que se corresponderá o no con el discurso oficial que pudiera prevalecer, y que no sería inmutable sino más bien variable, evolucionando según las circunstancias del momento y las decisiones políticas tomadas. Conclusión: podría existir una doctrina estratégica implícita en la política realmente seguida, aunque, inmediatamente, se puede uno preguntar ¿cómo se puede inducir de dicha política aplicada? Así, habrá que empezar por tener en cuenta el factor cronológico, con el consiguiente riesgo de reconstruir la evolución histórica de la doctrina, convirtiéndola en un seguimiento de los hechos sin ceñirse a unos criterios de orientación como, por ejemplo, los que habría que fijar de antemano para seleccionar entre el abundante material que afecta a la política de Estados Unidos en Oriente Medio y las relaciones con Israel durante los últimos 40 años, al objeto de poder reconstruir una doctrina directa, obtenida indirectamente y nada aprehendida, todo lo opuesto a la obtenida de forma directa, oficialmente expresada y formulada.

Llegados aquí conviene recordar el significado de lo que hemos considerado doctrina explícita, como guía de acción y forma de lograr la coherencia en una determinada política, por lo que concluiremos que el recurso a discursos particulares, cuya finalidad es influir sobre las decisiones políticas constituye el mejor instrumento para inducir la doctrina implícita de Estados Unidos respecto a Israel, comprobándose que las diferencias entre ellas no son tan sensibles en la práctica, como pudiera parecer. Por tanto, solamente hemos tenido en cuenta los puntos de vista de miembros de la elite norteamericana que ejercen o han ejercido una influencia sobre la sociedad estadounidense, sin que quiera esto decir que número de ellos sea ilimitado, si bien no por ello deje de ser una condición mínima necesaria para ejercer su influjo sobre los responsables de tomar las decisiones políticas siendo el alcance esta influencia bastante dilatado a causa de la forma de funcionamiento del sistema político de Estados Unidos, dada su apertura y el carácter difuso del proceso de formulación de las decisiones, así como los controles que sobre las demás ejercen los diferentes brazos del poder y la función frecuentemente ejercida del presidente, como árbitro de contenciosos administrativos, que dejan un amplio campo al sector privado, en el que las universidades y centros de investigación ejercen, frecuentemente, el papel de asesores y consejeros de quienes tienen a su cargo la formulación de las decisiones.

Esta interacción entre la investigación y la política hace posible que se pueda influir sobre los autores de ésta, entre los cuales nacen dudas sobre la línea política que debe seguirse y en los que se distinguen los que actúan guiados por la idea de que, para Estados Unidos, Israel presenta un bien positivo al que hay que proteger a ultranza y los que, al contrario, consideran que Israel representa una carga para Estados Unidos.

Israel como baza estratégica aprovechable

Este elemento básico de la doctrina estratégica, apoyada por buen número de analistas, tuvo su máximo predicamento durante los primeros años de la década de los años ochenta, a causa de los acontecimientos en Irán y Afganistán, coincidiendo con la proclamación de la doctrina Carter y la Presidencia de Reagan.

Sus defensores destacan su situación geográfica, que convierten a Israel en una base ideal para la preparación y lanzamiento, en cualquier dirección, de posibles operaciones, a la cual se puede acceder por una corta vía marítima, siguiendo el Mediterráneo.

Por otra parte, la utilización del territorio israelí para situar en él material militar, con la debida antelación, para emplearlo posteriormente, en un momento necesario cuando hiciera falta su rápido uso, permitiría una urgente y posible intervención norteamericana en la región del golfo Pérsico o en una misión derivada de su carácter de miembro de la OTAN. Una de las características que presenta Israel a favor de Estados Unidos, en el terreno de la defensa de la zona de dicho Golfo, es la distancia, pues se encuentra a unos 14.500 kilómetros de Estados Unidos, estando la base más cercana, de Diego García, en el océano Índico, a 4.200 kilómetros. Pensando en mejorar el transporte aéreo entre Estados Unidos y el Golfo, representaría la realización de gastos elevadísimos, con efectos mínimos, y en cambio una solución ideal sería depositar permanentemente el material luego utilizable, con antelación suficiente, transportando exclusivamente a las tropas, vía

aérea, en momentos de crisis. Otros lugares como Kenia, Somalia u Omán, más próximos al golfo Pérsico, tendrían que descartarse por sus dificultades de utilización, aunque ya fueron tenidos en cuenta, en el año 1980, por la Fuerza Rápida de Despliegue norteamericana que, finalmente, los desecharon por las dificultades presentadas frente a los servicios que podía ofrecer Israel, considerado como base totalmente óptima, a la cual también se podía sumar Turquía. Para el transporte de una división mecanizada, de Tel Aviv a Munich, se emplearían unos 11 días, mientras haría falta disponer de unos 24 para trasladar la misma carga desde la costa oriental estadounidense hasta dicha ciudad alemana. Lo mismo hay que considerar para el transporte por aire de Tel Aviv a Dharan, que también supondría emplear solamente unos 11 días, que se convertirían, en el peor de los casos, en dos meses y medio para su traslado, de la misma forma y medios, desde la costa oriental de Estados Unidos.

Considerando el coste, el empleo de Israel como base intermedia y anteriormente organizada a una posible intervención futura podría representar, dotándolo de material por anticipado, convenientemente almacenado, una economía estimada en casi 10.000 millones de dólares, como montante de transporte adicional que haría falta para realizar el transporte aéreo desde la costa este de Estados Unidos en lugar de hacerlo directamente desde Israel, según reflejaron los estudios efectuados para el Pentágono por la *Rand Corporation*, de Santa Mónica (California), en el año 1981, al determinar los países que presentaban más ventajas para el apoyo logístico de unas fuerzas norteamericanas de despliegue rápido. Esto sin tener en consideración el problema del abastecimiento de combustible para los centenares de aviones que intervendrían en la operación y que habría de emplear el almacenado en tierra en lugar de hacerlo en buques cisterna, por resultar éstos más vulnerables donde se pone de manifiesto las ventajas de disponer del depositado previamente en Israel. Se puede concluir que para la defensa de los intereses estadounidenses posiblemente amenazados en Oriente Medio, la presencia de Estados Unidos, contando con Israel como aliado, requeriría un plazo de días en lugar de hablarse de meses.

Geográficamente, Egipto ofrece gran parte de las ventajas atribuibles a Israel, pero en asuntos de infraestructura este país no tiene ningún rival que se le pueda oponer porque cuenta con los mejores servicios e instalaciones de toda la región, así como el personal más cualificado, disponiendo de medios para efectuar el adecuado entretenimiento que necesitarían unas fuerzas norteamericanas allí desplegadas para una posible intervención, lo mismo aéreas que navales, aparte de que los puertos israelíes podían ofrecer el apoyo requerido por una flota estadounidense, al mismo tiempo que los aeródromos de Israel están provistos de medios y personal instruido para atender a todo tipo de aviones civiles o militares, asegurando el apoyo logístico. Lo mismo puede decirse del servicio médico e instalaciones sanitarias, que podrían atender al personal norteamericano en caso de necesidad, y de las instalaciones para el almacenamiento de piezas de repuestos y municiones.

Hay que destacar que puesto que Israel emplea el mismo tipo de armamento que las Fuerzas Armadas estadounidenses, sería posible organizar los servicios de reparaciones y entretenimiento para éstas, muy particularmente el de sus fuerzas aéreas, que no tendrían dificultad en utilizar los servicios israelíes para sus aviones, y lo mismo su personal técnico.

Puede por tanto resumirse lo antedicho afirmando que Estados Unidos no tendría dificultades técnicas para utilizar las instalaciones terrestres, navales y aéreas, ya directamente, ya en actividades de información, reconocimiento, guerra electrónica o cualesquiera operaciones de apoyo, como bases de mantenimiento y apoyo logístico de segundo escalón, pudiendo contar, de igual manera, con la existentes estaciones de radares, centros de comunicaciones y satélites o instalarlas según sus necesidades, sin olvidar los Sistemas de Control de Mando.

Otra circunstancia destacable es la posible contribución de Israel a la protección, en Oriente Medio, de unas fuerzas estadounidenses de intervención destacadas en la región, habiéndose señalado que se trata del único lugar de acceso seguro y directo de la zona y con capacidad para garantizar la protección de estas fuerzas contra ataques aéreos o procedentes de guerrilleros, y de los depósitos de material estadounidense previamente situado sobre el territorio para posibles empleos posteriores contra ataques de terroristas que intentaran efectuar actos de sabotaje.

No hay que olvidar la experiencia militar adquirida por los israelíes en combate ya que las fuerzas estadounidenses de intervención participarían bajo condiciones idénticas respecto al terreno, clima y psicológicas del adversario, de donde las fuerzas de Israel han desarrollado unos principios tácticos de interceptación y combate aéreo adaptados a sus enemigos potenciales, habiendo introducido unos comportamientos en el combate como el uso frecuente de visores térmicos para la lucha nocturna, la forma de empleo de los carros de combate y transportes acorazados de personal, el perfeccionamiento de los Sistemas de Control, Mando y Comunicaciones para la coordinación de las operaciones aeroterrestres y navales hasta lo más bajos escalones, etc.

Las fuerzas de Israel han hecho posible que especialistas norteamericanos pudieran inspeccionar en forma más o menos completa los modelos de carros soviéticos T-62 y T-72 capturados al enemigo y lo mismo los aviones *Mig-23* y *Mig-25*, así como conocer la información de que disponen los israelíes sobre la táctica de combate enseñada por la Unión Soviética a los países árabes para utilizar el material cedido o utilizado directamente por tropas de la URSS durante la guerra del año 1970, cuando los pilotos soviéticos se enfrentaron a los de Israel sobre el cielo egipcio.

De otro lado, la experiencia e información que el Ejército israelí puede facilitar sobre el comportamiento de los sistemas de armas estadounidenses, de los que está dotado, resulta muy útil para su perfeccionamiento y adaptación a su empleo específico, para el desarrollo de material de alta tecnología en la obtención de información y orientar a los técnicos norteamericanos especialistas en investigación y desarrollo, como también pueden aprovechar Estados Unidos los servicios de Israel gracias a la gran integración que existe entre unos y otros pudiendo citarse como ejemplos prácticos los trabajos comunes y la colaboración en el sistema de misiles contracarro *Arrow*, la reparación de rotores de helicópteros y las modificaciones introducidas en los carros M-48 y M-60, existiendo la convicción de que los servicios israelíes de investigaciones y desarrollo son más flexibles, menos costosos y con menos cargas burocráticas que Estados Unidos, de donde, en zonas de alta tecnología que Israel puede dominar, el producto obtenido tiene asegurada la calidad y a un coste más bajo.

Esta circunstancia permite lograr importantes economías al contribuyente de Estados Unidos, que de esta manera ve compensada la ayuda norteamericana, habiéndose calculado por expertos que, por cada dólar concedido, la contribución aportada por Israel es considerablemente superior a lo recibido. Aparte de esto, el Ejército de Israel, dada su reputación como elemento combatiente, es una fuente de beneficios para la industria bélica de Estados Unidos, que puede utilizar como factor de convicción ante clientes potenciales *el hecho de que un determinado tipo de armamento haya sido experimentado por los israelíes en el propio campo de batalla, exponiendo incluso vidas propias, economizando las norteamericanas.*

Otro aspecto importante para considerar a Israel como baza estratégica favorable para Estados Unidos *incide sobre la información, puesto que muchos israelíes proceden de diversos países de la región, lo que les ofrece un adecuado conocimiento de su idioma, mentalidad y factores diversos para interpretar la información obtenida en la zona, habiéndose estimado por muchos que el sistema de información de Israel, tanto el político como el militar, es una fuente de alta calidad, siendo considerados verdaderos especialistas de Oriente Medio, teñidos al mismo tiempo por la civilización occidental. Esto les permite estar en condiciones inmejorables para comprender y desentrañar los problemas árabes, su mentalidad y procesos políticos que convierte en un inestimable valor la información que puedan intercambiar con los servicios norteamericanos y una economía en los servicios que tendría que poner en juego Norteamérica.*

Destacando su potencial militar, se ha afirmado que Israel, antes del año 1967, impidió que Egipto, bajo Nasser, efectuara la ocupación de Arabia Saudí y algún Estado del golfo Pérsico, y que la victoria de Israel en el citado año asestó un grave golpe a la agresión árabe que, de no haber ocurrido así, podía haber llevado a un conflicto que enfrentara a Estados Unidos con la antigua URSS. Inmediatamente después de dicho año, el Estado de Israel sirvió de escudo protector contra los intentos de los Estados árabes más radicales que hubieran deseado llegar a un acuerdo entre ellos para derrocar a los regímenes prooccidentales entre los Estados productores de petróleo. Pero, donde se comprueba el verdadero valor de Israel como baza de que pueden disponer Estados Unidos fue en la coordinación entre Estados Unidos e Israel y las advertencias de este último a Siria, que salvaron al régimen del rey Hussein de una invasión de los sirios, siendo el despliegue de efectivos militares israelíes lo que lo evitó pues de otra forma, Estados Unidos hubiera tenido que trasladar sus propios medios a la región o se vieran en la necesidad de abandonar a los jordanos a otros países apoyados por la antigua URSS.

Para terminar, sólo se añadirá una cita de la contribución estratégica de Israel a los intereses estadounidenses haciendo referencia a la posible intervención en la protección de las fuentes de abastecimiento de petróleo, tanto en el pasado como en el próximo futuro, asegurando la libre circulación del crudo, aunque se trata de algo problemático, supuesto que ya conocemos la escasa intervención directa en la operación *Tormenta del Desierto* contra Irak.

Influencia del conflicto árabe-israelí

Se puede claramente observar que la consideración de Israel convertido en baza a favor de Estados Unidos está íntimamente unida, en muchos aspectos, a la mera existencia del

conflicto permanente entre árabes e israelíes, pues para empezar, si Israel dispone de una completísima infraestructura, disfruta de una sólida fuerza militar, tanto ofensiva como defensiva, ha adquirido tan alta experiencia en materia de armamentos y cuenta con unos magníficos y acreditados servicios de información, no cabe discutir que es consecuencia inmediata del conflicto que le enfrenta a los países árabes de la zona en que se encuentra.

Ciertamente que los que sostienen que Israel representa una baza para la política exterior de Estados Unidos se negarán a admitir que Norteamérica intenta servirse de dicho conflicto, exacerbarlo o simplemente manejarlo con la finalidad de mantener una especie de islote fortificado, llamado Israel, que beneficia a Estados Unidos. Empecemos por considerar los efectos del citado conflicto en la función estratégica de Israel diciendo que para los que consideran a estos judíos como una carga para Norteamérica, el hecho de haber convertido a estos judíos en esa especie de islote fortificado ha tenido desfavorables consecuencias para Estados Unidos, entre otras cosas porque los árabes acusan a Norteamérica de la agresividad de Israel hacia ellos, lo que puede hacer que se distancien de Estados Unidos y busquen la alianza de otras potencias, como hicieron con la antigua URSS antes de su hundimiento. Los que consideran a Israel como una baza a favor de la política exterior de Estados Unidos contraargumentan señalando que para la cooperación estratégica norteamericana-israelí no tiene graves consecuencias lo que puedan pensar de ella los países árabes y que los beneficios estratégicos de la cooperación reseñada compensan con creces el coste político que se pudiera producir, máxime por cuanto la opinión pública está más que convencida de que existen acuerdos entre Washington y Tel Aviv. Por otra parte, no es esta cooperación obstáculo para que existieran buenas relaciones entre Estados Unidos y algunos países árabes, particularmente Arabia Saudí, Jordania, Egipto y algunos otros, lo que no quiere decir que carezca de relieve la alianza táctica existente entre Estados Unidos e Israel a los efectos citados, pero la realidad es que los países árabes necesitan, en grandes sectores, contar con la ayuda de Washington por lo que no hay concordancia entre las declaraciones públicas y las actitudes positivas no hechas públicas, ni hay que tomar muy literalmente las manifestaciones de condena de la política de Estados Unidos en Oriente Medio.

Dicho de otro modo. Cuando los países árabes declaran establecer distancias entre ellos y Estados Unidos a causa de su cooperación especial con Israel el verdadero móvil es conseguir concesiones por parte de Washington, particularmente en el terreno de los asuntos que afectan al conflicto árabe-israelí, aunque no siempre sea así, como por ejemplo, la guerra del año 1973, durante la cual el embargo establecido provocó una política norteamericana que osciló entre las amenazas de intervención en algunos países del Golfo y su voluntad de tomar positivamente en consideración sus pretensiones, ocasión aprovechada por los que consideran a Israel como una baza a favor de Estados Unidos para negar que hubiera cualquier relación entre el conflicto y el petróleo, o también después de la invasión de Kuwait por Irak, en agosto del año 1990.

Si para los que admiten que el Estado israelí representa una baza favorable a Estados Unidos el conflicto entre aquél y los árabes no debe interferir con la cooperación entre israelíes y norteamericanos, significa esto que su solución no es asunto prioritario para la política de Estados Unidos.

Israel como carga para Estados Unidos

Sustentada por otros analistas es la doctrina opuesta: la que mantiene que Israel constituye una carga de la política estratégica de Estados Unidos, sugiriéndose así que Israel dificulta el normal desarrollo de los intereses norteamericanos en Oriente Medio, ya por su posición creadora de riesgos, ya por estimarse que se trata de un país débil en el fondo a pesar de su potencialidad medida en términos militares, o bien por estimarse que, en un futuro, más o menos lejano, Israel está condenado a perder la superioridad militar de que hoy disfruta.

Ya en el año 1972, el secretario adjunto de Estado de Estados Unidos decía que Israel no contribuía, al menos en aquellos momentos, a la estabilidad de la región, estimando que, a pesar de sus fuerzas militares actuales y cuales fueren las que pudiera contar en el futuro, sus fuerzas no podían seguir al servicio de Estados Unidos o de la OTAN, y que en una guerra entre Este y Occidente, Israel, por razones geográficas y en interés de los judíos de la entonces Unión Soviética, tendría que buscar una posición de neutralidad.

En fechas posteriores, han sido varias las voces que han afirmado que la utilización que hace Estados Unidos de Israel como base para sus fuerzas militares causaría más perjuicios que beneficios reportaría, particularmente a la idea de establecer relaciones amistosas con los regímenes árabes, destruyendo toda esperanza de fundar una asociación estratégica con los países del Golfo, enmarcándose la situación más o menos como sigue:

1. Imposibilidad de cooperación militar con Israel sin dañar irreparablemente las relaciones con los Estados árabes de la región.
2. Las limitaciones materiales de Israel reducen su utilidad como baza estratégica a favor de Estados Unidos.
3. Imposibilidad práctica de desplegar el potencial militar israelí mucho más allá de sus fronteras inmediatas, geográficamente hablando.
4. Para justificar el establecimiento de una alianza militar con Israel no existe ahora el factor estratégico esencial, puesto que la verdadera amenaza latente en Oriente Medio no es la agresión externa sino la fragilidad política interna de la mayoría de los países árabes y su vulnerabilidad a los movimientos subversivos y desestabilizadores.
5. Las relaciones americanas-israelíes han dificultado y dificultan el desarrollo óptimo del acceso de Estados Unidos a los mercados, a las materias primas y reducen las oportunidades para efectuar inversiones en la zona.

Además, hay quienes reconocen que la estrecha cooperación entre Estados Unidos e Israel pudo tener sentido durante la guerra fría como instrumento complementario de confrontación con la antigua URSS, reconociéndose, por otra parte, que la invasión iraquí de Kuwait ha puesto de manifiesto la relativa irrelevancia de Israel.

Desarrollo práctico de la cooperación bilateral

En enero del año 1981, con el comienzo de la Administración Reagan se da iniciación a un nuevo estilo en el reconocimiento de la situación estratégica de Israel por parte de Estados Unidos, que tuvo de duración los dos cuatrienios de la etapa de dicho presidente, aún

marcados por una serie de desavenencias entre Israel y Norteamérica, de las cuales la más destacada tuvo lugar con motivo de la invasión del Líbano por Israel, en el año 1982.

Al suceder Bush a Ronald Reagan, en enero del año 1989, la situación mundial y en Oriente Medio era ya muy distinta de lo que había venido siendo, destacándose, entre otros hechos, las alteraciones habidas en el bloque soviético, los levantamientos palestinos y la segunda guerra del Golfo, iniciándose una nueva era que pudo poner en duda la situación privilegiada reconocida hasta el momento a Israel dentro de la doctrina estratégica de Estados Unidos.

Consolidación de la cooperación estratégica norteamericana-israelí: los primeros años de Reagan

En las elecciones presidenciales para ocupar el puesto del Ejecutivo en el año 1980, el electorado de Estados Unidos se mostró más inclinado hacia una política exterior claramente intervencionista, prefiriendo esta nueva posición a la adoptada por Carter, a quien se atribuía el peligro de debilitamiento que se creía atravesaba el país. Frente a ella, el equipo Reagan presentaba un panorama más coherente de relaciones internacionales ofreciendo frente al regionalismo de sus predecesores un globalismo en toda regla. Así, teniendo en cuenta que toda forma de inestabilidad regional y cualquier actitud de posición a los regímenes pronorteamericanos se atribuía, finalmente y a fin de cuentas, a la despiadada lucha, ideológica y estratégica, entre Este y Occidente, se insistió en el seguimiento de un comportamiento que consideraba a Israel como la principal baza que, en Oriente Medio, tenía Estados Unidos que jugar a su favor, empezando por una manifestación pública del presidente Reagan a unos periodistas, ante quienes calificó como no ilegales los asentamientos israelíes en los territorios ocupados, con lo que expresaba una postura totalmente discrepante de la de su predecesor Carter. Al mismo tiempo, se siguió atendiendo a la defensa de los intereses norteamericanos en Arabia Saudí, sin que afectara esta posición a los nuevos principios de la política norteamericana. Es más, en los primeros meses del mando presidencial recientemente inaugurado se buscó un consenso estratégico en el que se contara también con los regímenes árabes pronorteamericanos, explicando Alexander Haig, el nuevo secretario de Estado, ya en febrero del año 1981, que con este pretendido consenso se lograría tener alejado el peligro que para la zona representaba la entonces Unión Soviética y, por su parte, el secretario de Defensa, Weinberger, próximo a los intereses comerciales de los Estados del Golfo, en septiembre del mismo año, manifestó que el apoyo que pudiera prestar Arabia Saudí a tal proyecto contribuiría a la seguridad de los Estados de la región, incluido el mismo Israel. Extraña esta prioridad acordada a Israel, en detrimento de Egipto, cuando ya existía una estrecha colaboración con este último país.

Como veremos, estos intentos norteamericanos de constituir un frente único antisoviético en Oriente Medio presentaba grandes dificultades, entre ellas la falta de voluntad árabe para cooperar con Israel, al que consideraban como un enemigo tanto o más peligroso que la misma antigua URSS, así como la posición de Israel a que el sistema de seguridad regional implicara proveer de armamento a los árabes. De hecho, ni árabes ni israelíes estaban dispuestos a olvidar sus querellas intraregionales en beneficio del problema de seguridad Este-Oeste, sosteniendo cada parte que la disminución de la influencia soviética

implicaba consecuencias inadmisibles, tanto por las concesiones como por ver reducida la propia potencialidad.

Estas dificultades para aceptar un consenso estratégico en Oriente Medio se manifestaron en el verano y otoño del año 1981, con la proyectada venta de aviones *Awacs* y F-15 a Arabia Saudí, considerada en círculos israelíes como un grave peligro para la seguridad de su país y, por algunos, hasta como motivo suficiente para lanzar un ataque preventivo de Israel contra Arabia Saudí, sin necesidad de mediar provocación de este país contra aquél. Esta situación creó un estado de cosas tal que, para vencer los recelos de Israel e impedir una votación desfavorable en el Congreso el mismo Reagan tuvo que tomar el asunto en sus manos. Finalmente prevaleció el criterio presidencial pero, Arabia Saudí tuvo que aceptar determinadas limitaciones en el futuro empleo militar de los aviones vendidos y otro material, así como comprometerse a proteger el secreto sobre la alta tecnología empleada en el material cedido y sobre la posible transferencia a otros países de la información obtenida mediante los *Awacs*, teniendo que admitir la participación de técnicos norteamericanos en el entretenimiento y empleo de tales medios aéreos. Así se querían dar más seguridades a Israel que, por su parte, también recibió compensaciones directas, especialmente bajo forma de un mayor número de aviones F-15 y, lo que es más importante, mediante la firma entre Estados Unidos e Israel de un memorándum de cooperación estratégica, concluido en noviembre del año 1981.

La firma de este memorándum dio fin a varios meses de discusiones entre ambos países bajo la nueva Administración Reagan, pretendiendo los israelíes la inclusión de los siguientes puntos:

1. Posibilidad de organizar maniobras conjuntas.
2. Empleo de bases e instalaciones de Israel por las fuerzas de Estados Unidos.
3. Que los servicios israelíes se hicieran cargo de la protección aérea, entretenimiento y depósito en territorio de Israel del material y equipamiento de una división acorazada estadounidense, y de su posible utilización por el Ejército israelí en caso de necesidad.
4. La financiación por Estados Unidos de la producción del carro de combate *Merkava*.
5. El intercambio de información militar.

Sin embargo, fue el Departamento de Defensa el que se opuso al punto de vista de la Secretaría de Estado, expresando sus dudas sobre la utilidad de Israel para las fuerzas norteamericanas de despliegue rápido, pues admitiendo los beneficios técnicos que se podían obtener no pensaba igual de sus ventajas políticas. La amplitud de la cooperación prevista y la conclusión de un acuerdo formal y público se hacía depender de lo que el Gobierno considerara se podía admitir en la región árabe, y mientras para la Secretaría de Defensa lo admisible excluía una cooperación oficial en el Golfo entre norteamericanos e israelíes, si bien aceptaba una discreta cooperación en el Mediterráneo Oriental. Por estas razones, el documento firmado el 30 de noviembre fue sólo una versión rebajada del proyecto inicial, compromiso entre un Israel entusiasmado y unos Estados Unidos reservados, significando una posición no unánime, acorde entre la postura favorable del secretario Haig y las reticencias del secretario Weinberger. Por parte israelí, el firmante fue su ministro de Defensa, Sharon.

El memorándum firmado se puede considerar desde dos vertientes:

1. Los campos y modos de cooperación.
2. Fines perseguidos con tal cooperación o identificación de la amenaza.

Desde el punto de vista de los primeros, el único compromiso adquirido se refiere a la realización de ejercicios militares, incluidas maniobras navales y con fuerza aerotransportadas en el Mediterráneo Oriental, sin prever nada sobre ejercicios terrestres sobre suelo israelí, todo lo contrario de los que se había hecho en el caso de maniobras egipcias-norteamericanas denominadas *Estrella Brillante*, aunque el memorándum también menciona la posibilidad de ejercicios conjuntos de alerta, con acceso a las instalaciones de mantenimiento, así como la cooperación en el depósito previo y anticipado de armas y material norteamericano junto con actividades de investigación y desarrollo, si bien dejando el estudio detallado de tales aspectos a una comisión de coordinación, cuya constitución se haría en una fecha pendiente de determinar. Así pues, el memorándum resultaba ser, más que un programa concreto de cooperación, una mera declaración de intenciones.

Respecto a los fines perseguidos, recordaba antes de nada la duradera y provechosa cooperación entre los dos países para garantizar la seguridad mutua, expresando la voluntad de crear una situación de continuada consulta y colaboración al objeto de afrontar una amenaza originada por la URSS o fuerzas por ella controladas e introducidas en la región, con lo que así los firmantes tuvieron presente el ejemplo de la presencia en Angola de fuerzas castristas cubanas.

No puede por menos, al hacerse referencia de este memorándum, hacerlo también a los acordados en los años 1975 y 1979, de los cuales el primero pretende asegurar la protección de Israel contra una potencia no nominada, que no podía ser otra que la Unión Soviética, y el segundo que omite este detalle, aunque apenas sugiere la idea de una garantía norteamericana a Israel, sin precisar ninguna función para este país en el marco de la estrategia regional de Estados Unidos, por lo cual es sólo en el memorándum del año 1981 en el que vemos la reciprocidad de servicios que se pueden prestar ambas países, sino que se destaca la importancia de un Israel fuerte para hacer frente a una posible amenaza precedente de la Unión Soviética. Esto representa un giro evidente verificado entre los años 1975 y 1981, pasando por la situación del año 1979. En el año 1975, Israel buscaba, como igualmente lo hacía Europa, la protección de Estados Unidos, sin mencionarse el peligro que representaba la URSS, pero en el año 1981 es el Estado judío el que propone sus servicios a Estados Unidos al objeto de disuadir a la Unión Soviética, concretamente citada, pretendiendo que abandonara sus intentos de intervención en Oriente Medio, que no se consideran amenazadores para Israel, tal como implícitamente se hacía en el año 1975. Resulta así tan desproporcionada la forma simplificada del memorándum, sus procedimientos y mecanismos que su significación hay que buscarla fuera del mismo texto, debiendo encontrar su aspecto más representativo en el carácter público de su forma, de cuyo cuerpo se puede deducir:

1. Que a pesar de lo que se puede afirmar en sentido contrario, la cooperación estratégica estadounidense. Israel, por insistencia de los norteamericanos, está pensada más bien en el mundo árabe que en una intervención soviética.

2. Que si bien se sugiere la creciente importancia del Oriente Medio como región, también se hace con la reducción de la de los Estados árabes como protagonistas, que no requerían ser equilibrados por otras fuerzas equivalentes y, consiguientemente, el temor de Washington a una reacción árabe ante el nuevo plan de cooperación tenía que haberse reducido durante estos años. De hecho, el memorándum señala en su texto que no va dirigido contra ninguno de los Estados de la región.
3. Que el memorándum no solamente deja entrever que para Washington los Estados árabes han perdido importancia sino que en aquella época —1981— el plan de un arreglo del conflicto árabe-israelí había dejado de ser un asunto prioritario, particularmente en el aspecto de que para su solución Israel hubiera de hacer concesiones.
4. Que el hecho de que el memorándum, frente a estos puntos de vista deja que la vaguedad dominara su texto al especificar los mecanismos de cooperación estratégica, tenía una importancia secundaria, reconociéndose que tales mecanismos no exigían que quedaran plasmados en formas concretas para su aplicación práctica. A fin de cuentas, la cooperación técnica como, por ejemplo, el intercambio de datos sobre investigaciones y desarrollo era un hecho consumado, establecido claramente desde que se inició prácticamente cuando tuvo lugar la dependencia israelí de Estados Unidos a partir del año 1967, mientras que la cooperación estratégica dependía de la coincidencia de intereses en un momento determinado, como ocurrió durante la crisis jordana del año 1970, y no tanto sobre acuerdos anteriormente firmados, pudiendo decirse lo mismo de la cooperación operativa. Si el armamento israelí de origen norteamericano creara una base logística que pudiera aprovecharse en épocas de crisis, en gran parte dependería del nivel de tolerancia de los árabes así como del grado de consentimiento que a ello diera la opinión pública de Israel. Por todo ello, solamente se habla de manera explícita de ejercicios conjuntos, que podían regularse por acuerdos detallados, ya secretos, ya informales.

Teniendo en cuenta que el memorándum tenía más de una declaración de intenciones que de verdadero programa y que ofrecía poca información sobre la verdadera forma de cooperación, su auténtica significación puede calificarse más bien de simbólica que efectiva, y más política que militar, pudiendo decirse que simbólica porque se contemplaban a los Estados árabes con protagonismo reducido, políticamente pues significaba que Israel no tenía deuda alguna con Estados Unidos, y militarmente no tenía valor alguno porque el documento firmado carecía de eficacia pues se podía haber previsto medidas más apropiadas.

Veamos lo que representó el memorándum desde el punto de vista de los intereses israelíes, tal como éstos se consideraban por sus dirigentes. Cabe destacar en principio el hecho de que la publicidad dada al programa de cooperación estratégica facilitaba que Israel pudiera proyectar la imagen de un Estado que disfrutaba de gran amplitud de maniobra en la región, no siendo pues de extrañar las prisas del gobierno Begin porque se firmara el acuerdo, en unos momentos en que los dirigentes políticos de Israel tenían una gran confianza en la potencialidad de sus Fuerzas Armadas en la zona, a lo que sin duda había sido inducidos y estimulados por los políticos norteamericanos, siendo significativo que el mismo Begin recordara a sus colegas, tras su entrevista con el secretario norteamericano de Estado, Haig, que Ben Gurion decía que cuando se lleva una política que puede conducir a la guerra es fundamental tener a las espaldas a una gran potencia.

Antes de la firma del memorándum, esta confianza en sí mismos se había manifestado de varias formas y en los siguientes modos:

1. En la primavera del año 1981, por una fuerte intervención en el Líbano contra los intereses del régimen sirio, provocando la crisis de los misiles en el valle de Bekaa.
2. En junio del mismo año, por el ataque y destrucción del reactor nuclear de Osirak, en las proximidades de Bagdad.
3. En julio siguiente, por el intenso bombardeo de un distrito muy poblado de Beirut, que ocasionó centenares de víctimas mortales y que, junto con el anterior provocó la condena de Estados Unidos, si bien sólo por la Secretaría de Defensa pero no así por la de Estado, que tampoco lo hizo por la del memorándum que entonces se negociaba.

El día 4 de diciembre, el Parlamento decidió aplicar la ley israelí en la zona ocupada del Golán, lo que se interpretó como una señal de verdadera anexión, considerando su ministro de Defensa que los intereses de Israel incluían también un segundo círculo exterior de países árabes, entre los que se encontraban Turquía, Irán y Pakistán e incluso países del norte y centro africanos, lo que no podía parecer otra cosa sino una sustitución meramente verbal de lo que no eran sino deseos de Israel de aumentar su autonomía de decisión y campo de maniobra con respecto a Estados Unidos como aliado potencial. Dicho de otra forma, su ministro Sharon venía a decir que Estados Unidos tenía que contar con Israel, que se convertía así en una especie de escudo protector, llegando a decir, en el año del que hablamos, a un grupo de oficiales:

«Estados Unidos nos considera como un portaaviones, sin comprender nuestra verdadera significación porque realmente representamos lo que 20 portaaviones en Oriente Medio.»

El hecho cierto es que la aplicación por el Knesset de la ley israelí en el Golán hizo que Washington suspendiera la aplicación del memorándum, siendo una de las consecuencias de la iniciativa israelí, diciendo Weinberger, secretario de Defensa estadounidense, que si no se producía ninguna consecuencia negativa para Israel éste no dejaría de comportarse de igual manera.

En esta ocasión, el mismo Begin, considerando la mera suspensión del documento como una anulación, se dirigió a Washington preguntándose si es que Israel era acaso un mero vasallo de Estados Unidos y que éstos querían tener atadas las manos al Estado israelí, formulándose de esta manera muy dura la contradicción inherente al hecho de que Estados Unidos consideraba a Israel como una baza estratégica y al mismo tiempo se enfrentaba a las pretensiones de éste cuando no hubiera total coincidencia de intereses. Sin embargo, los dos países siempre han encontrado soluciones a sus divergencias más o menos importantes, como en los acontecimientos de los altos del Golán, la destrucción del reactor iraquí y el bombardeo de Beirut, en que la mera suspensión del memorándum establecido pudo haber sido un simple gesto diplomático, mirando hacia los árabes, en demostración del desacuerdo de Washington, reflejando exclusivamente una tensión pasajera y no el final de la existente cooperación en los niveles técnicos, operativo o estratégico entre los dos países.

El caso del Líbano

En otro delicado asunto, el de la invasión del Líbano, según fuentes israelíes su ejecución fue una operación detalladamente planeada, cuyos preparativos se empezaron desde el

momento mismo de la designación de Sharon como ministro de Defensa, cuando se inició el señalamiento de objetivos, centrados especialmente en la expulsión del Ejército sirio e instalación de un ejército libanés protegido por Israel, destinado a la debilitación del papel de Siria en la región y a dar solución al problema de los territorios de la orilla occidental del Jordán, a conveniencia de Israel, así como de la influencia sobre Jordania, siendo de todos conocido que Sharon veía la solución del problema palestino en el establecimiento de un régimen de esta nacionalidad en lugar de la monarquía de Hussein, lamentándose públicamente de no haber hecho nada por derribarle durante la crisis de septiembre del año 1970, pareciendo ser que más o menos vino a decir que una operación con resultados positivos en el Líbano garantizaría la superioridad de Israel para los próximos 30 años, durante los cuales tendría tiempo y ocasiones para dejar las cosas establecidas tal como mejor cuadraran a sus intereses, con lo cual podía deducirse que, para Sharon, sus proyectos sobre el Líbano no eran más que un primer paso de un plan de desmesuradas ambiciones regionales con ciertas limitaciones geográficas.

Inicialmente, se habían preparado planes distintos de invasión, uno de los cuales estaba limitado a la conquista del territorio meridional libanés y otro que preveía que el avance israelí llegara más allá de la autovía Beirut-Damasco, con encuentros con el Ejército sirio, haciéndose creer, incluso a los miembros del Gobierno, que se ejecutaría el primero de los indicados. Lógicamente, el ministro israelí hubo de plantearse cual de los dos planes era el que tenía más probabilidades de ser admitido por Estados Unidos: si el realizado a nivel regional, aunque evitando exponer su amplio proyecto, que incluía también la orilla occidental y la misma Jordania, o el que se explicaba diciendo que solamente se trataba de asestar un golpe único a dos elementos prosoviéticos, como eran Siria y las fuerzas palestinas protegidas por ésta.

¿Cómo reaccionaría Estados Unidos? Ya en la crisis siria de los misiles, en el valle de Bekaa, durante la primavera del año 1981, así como durante las confrontaciones en el sur del Líbano, después del bombardeo de Beirut, los norteamericanos intervinieron enérgicamente para evitar la destrucción por Israel de las bases sirias de misiles e implantar un alto el fuego entre israelíes y palestinos, que duraría más de 10 meses, pues a pesar de lo logrado con los acuerdos de Camp David, Washington quería evitar a toda costa la polarización del contencioso Este-Oeste en la región y la relación exclusiva de los sirios con la URSS mientras se mantenían las relaciones de Estados Unidos con los Estados del Golfo. Este alto el fuego, de julio del año 1981, conseguido con los buenos oficios de Arabia Saudí, permitía pensar que los palestinos habían forzado a los norteamericanos a reconocer que aquéllos eran también un elemento relativamente importante a los que había que tener en cuenta en los intereses estratégicos de Estados Unidos en la región.

Esta política continuó hasta mayo de 1982, en que fueron por lo menos tres las ocasiones en que Estados Unidos impidió que los israelíes atacaran violentamente a los palestinos situados en el Líbano, lo que fue una demostración de las dudas existentes en Washington sobre la confianza en las acciones de Israel, base de la actitud de la Secretaría de Estado, y el temor a sus consecuencias negativas si se seguían los criterios de la Secretaría de Defensa. Sin embargo, a partir de dicha fecha, empezó a predominar el crecimiento de aquella confianza, con disminución de los temores, efecto de la evolución de la situación habida en Oriente Medio.

Las elecciones presidenciales libanesas estaban previstas para el verano de este año 1982, en las que el candidato que gozaba de las preferencias de Washington contaba con pocas probabilidades de éxito. De otro lado, Arabia Saudí tenía sus propias preocupaciones a causa del cambio en la situación militar, que se había hecho favorable a Irán y negativa para Irak, y no se veía en las mejores condiciones para presionar a los norteamericanos en su tratamiento de las tensiones entre israelíes, sirios y palestinos en territorio libanés. Otro factor regional jugó también como elemento para que se manifestara la precaución norteamericana, como fue que Israel hubiera puesto fin, en el mes de abril, a la retirada del Sinaí, tal como se había estipulado con los egipcios. Desde el asesinato de Sadat, en octubre de 1981 hasta tal fecha, Washington evitó desencadenar fuerzas que pudieran servir de pretexto para no efectuar la evacuación de la parte final del Sinaí, lo que hubiera afectado a todo lo firmado sobre tal asunto, descontrolando la situación en Oriente Medio, como así se le hizo observar a los dirigentes israelíes enviados de Estados Unidos a conocer de antemano las posibles reacciones norteamericanas ante una eventual invasión del Líbano por Israel, a quien se le expuso claramente que tenía prioridad sobre todo la evacuación del Sinaí.

Ante la consolidación del tratado de paz entre Israel y Egipto, junto al empeoramiento de la situación política en Oriente Medio, particularmente en el mundo árabe, el Gobierno estadounidense consideró que los riesgos eran superiores a los posibles beneficios, mientras el mismo Israel estimaba que las condiciones eran favorables en la región y que después de una larga espera había llegado el momento de pasar a la acción. El mismo Haig, secretario de Estado estadounidense, declaró a unos periodistas, en mayo, que el Líbano se había convertido en una zona extremadamente peligrosa que estaba pidiendo una pronta solución, lo que hacía surgir la duda de si Estados Unidos daban su consentimiento al proyecto del ministro Sharon, al menos en su forma menos amplia.

Parecía que, inmediatamente después de finales de abril, había mejor predisposición en Washington hacia Israel que en meses anteriores y que los políticos norteamericanos, en mayo, discutieron la posibilidad de proponer a los israelíes varias formas de cooperación militar, incluyendo la reactivación del memorándum de noviembre del año 1981. En este favorable ambiente, el Gobierno israelí, a mediados del mes de mayo, aprobó el proyecto de paz para Galilea, como era conocido el plan de operaciones de menor alcance contra el Líbano, y el ministro Sharon visitó Estados Unidos, a fines del mismo mes, destacando en sus memorias el secretario de Estado norteamericano que ya eran de todos conocidos los preparativos de Israel, a quien veía muy difícil que nadie pudiera disuadir de poner en aplicación su proyecto definitivo y ofensivo. Por su parte, el secretario de Estado norteamericano, deseando no dar la impresión de que aceptaba íntegramente el proyecto israelí, añade que explicó al ministro de Defensa de Israel que un ataque de su país sobre el Líbano podía tener efectos incalculables para Estados Unidos a menos que fuera precedido por una provocación, internacionalmente reconocida, de ciertas proporciones, y que la respuesta israelí fuera proporcionada a la misma.

No todos los comentaristas, particularmente de nacionalidad israelí, están de acuerdo con Haig sobre la actitud de conformidad que él dice que adoptó frente al plan del ministro de Israel. Para unos, su manera de aprobar el proyecto fue clara y suficiente, como lo había sido en los casos de la guerra del Yom Kipur y de los Seis Días, mientras otros sostienen

que el ministro israelí salió de la entrevista con el secretario norteamericano convencido de que Estados Unidos no tenía ninguna objeción positiva que oponer al proyecto israelí de ataque.

Indudablemente, Haig se excedió de las limitaciones que su cargo le imponía y, de hecho, así se consideró por los órganos de su propio Gobierno, considerando que no había actuado con suficiente discreción, pero, para el ministro de Israel, la aprobación recibida procedía de un nivel político suficientemente elevado y legitimado. Además, el escrito que la Casa Blanca decidió que el secretario de Estado norteamericano enviara al jefe del Gobierno israelí no hizo más que reforzar las impresiones de su ministro de Defensa. Esta carta, de verdadero interés e importancia para el conocimiento de las relaciones norteamericanas-israelíes, no contenía ninguna advertencia ni amenaza a Israel si llegara a actuar en el sentido de lo expresado por Sharon, como en otras ocasiones se había hecho cuando se quiso paralizar una determinada y proyectada acción de Israel. Así pues, y más claramente que en vísperas de la guerra de 1967, los políticos israelíes estuvieron convencidos de que Estados Unidos daba su aprobación a la invasión del Líbano, y este conocimiento y previa aprobación norteamericana está ratificado por el refuerzo de la flota estadounidense en el Mediterráneo Oriental con dos portaaviones, el *Eisenhower* y el *Kennedy*, en los días que precedieron a la invasión.

Años 1982-1989

El conocimiento de los planes de Israel no quiere decir que existiera una coordinación entre los dos países ni tampoco que se tratara de una mera ejecución por Israel de un plan previo de Estados Unidos, pues se dieron determinadas incertidumbres por parte de ambos países. De un lado, para Estados Unidos sobre el alcance de los proyectos israelíes; de otra, para Israel respecto a cual podría ser la actitud de Estados Unidos en el desarrollo de las operaciones. Sin embargo, las dos partes interesadas tenían objetivos comunes como eran el debilitamiento político de Siria y la URSS.

Las hostilidades se iniciaron el 4 de junio, al día siguiente del atentado, en Londres, contra el embajador israelí, a cargo de un grupo de palestinos, aunque la verdadera invasión tuvo lugar el día 6, dos días después. El día 5, el jefe del Gobierno de Israel comunicó a Estados Unidos la decisión de su Gabinete de realizar una operación que tendría por finalidad alejar a las baterías palestinas hasta una distancia de 40 kilómetros, solicitando de aquéllos su comunicación a Siria y añadiendo que sus tropas no tenían la intención de enfrentarse con las fuerzas de Damasco. Dos días más tarde, el secretario de Estado norteamericano habló ante los periodistas como si actuara como portavoz de Israel, no mencionado en tales momentos el hecho de que por entonces una columna acorazada israelí avanzaba hacia la carretera Beirut-Damasco para eliminar totalmente la presencia siria. Había pues, al día siguiente de la invasión, una operación contra los palestinos y otra simultánea contra los sirios, pero fue a partir del tercero o cuarto día cuando se hizo patente la gravedad de la situación en el momento en que israelíes y sirios se empeñaron en una violenta lucha bajo forma de combates terrestres y aéreos, que trajeron como resultado la destrucción de las bases de misiles en el valle de Bekaa. Todo concluyó en un acuerdo de alto el fuego, convenido el día 11, del mismo junio, bajo presión del presidente de Estados Unidos, lo que mostró su prudencia pues la URSS había expresado ya a Estados Unidos sus preo-

cupaciones, a través de los cuales también habían enviado una advertencia a Israel, y de hecho muchos dirigentes temieron verse envueltos en una guerra en cuyo desenca-denamiento no habían tenido ni arte ni parte.

Enfrentado a esta alternativa del riesgo de una escalada frente a unos beneficios ya obtenidos aparentemente, hubiera sido impensable para el Gobierno norteamericano fomentar el sentimiento nacido contra el ministro de Defensa de Israel y así pareció conveniente provocar un alto el fuego, pensando en lograr, en fecha posterior, la retirada de los dos principales beligerantes del Líbano. Como este alto el fuego sólo era de aplicación a Siria e Israel, Sharon pudo proseguir las operaciones contra las fuerzas palestinas y llegar, el 13 de junio, a las puertas de Beirut sin temor a una reacción negativa por parte de Washington que, en lugar de preocuparse de que el Ejército israelí no hubiera respetado los 40 kilómetros, que ya se habían conquistado, vio una ocasión para aprovechar lo que el asedio puesto a Beirut y la amenaza de su destrucción podían representar para lograr la retirada de todas las fuerzas palestinas y la implantación, después de la marcha de las tropas sirias, de un gobierno sólido en el Líbano.

Aunque los Estados árabes hubieran intentado intervenir, de lo cual tenían pocos deseos, y si Moscú hubiera prestado un adecuado apoyo aéreo directo, tendrían que haber utilizado la retaguardia siria, pero Damasco, en aquellos momentos, pretendía que, ante todo, se limitaran los daños, lo que aprovechó Estados Unidos para no presionar a Israel para levantar el asedio de Beirut, pues de hacerlo estimularía a los palestinos a mantenerse indefinidamente en la capital libanesa. Así pues, las divergencias en el Gobierno norteamericano se referían no al levantamiento sino a la solidez del asedio, optando el secretario de Estado de Estados Unidos por dar mayor credibilidad a la amenaza y aconsejar a Israel el refuerzo del asedio, mientras otros políticos, como el mismo vicepresidente Bush, el secretario de Estado para la Defensa y también el asesor Nacional de Seguridad, pretendían asegurar al rey de Arabia Saudí que no apoyaban la caída de Beirut. Resultado de esta situación fue que se redujo la credibilidad de la amenaza de destrucción y se reforzó la decisión de los palestinos de mantenerse en la ciudad. Fundamentalmente, por no haber podido asegurar los resultados que se esperaba obtener con la ocupación de Beirut, el secretario de Estado norteamericano se vio obligado a dimitir, en cuya dimisión los dirigentes palestinos vieron una posibilidad de reforzar su posición en las negociaciones y, de hecho, desde el día, 24 de junio, el Gobierno observó más reservas respecto al asedio de Beirut y ejerció un control más directo sobre la evolución de las operaciones bélicas, sin que llegara esto a significar que Washington se despreocupaba de los palestinos y su retirada de Beirut, pues el nuevo secretario de Estado de Estados Unidos, Schultz, intentó aprovechar sus relaciones con Arabia Saudí para que convenciera a los palestinos de que su salida de Beirut no sería un mal mayor. El ministro israelí de Defensa, Sharon, seguía siendo el mejor instrumento de la diplomacia seguida por el Departamento de Estado estadounidense y de los norteamericanos que, en numerosas ocasiones, pudieron implantar el alto el fuego después de bombardeos intensos de Beirut, reservándose, al mismo tiempo, el privilegio de poder salvar de la destrucción a los combatientes palestinos. El comportamiento israelí facilitó a los norteamericanos medios para presionar a los árabes en el caso de que no se aceptaran sus condiciones, aunque los frutos obtenidos por Israel lo fueron a costa de un precio relativamente elevado, del deterioro de su imagen internacional y de crisis internas de cierta gravedad.

La retirada de los palestinos de Beirut

Finalmente, entre la dinámica diplomática de Estados Unidos y la presión militar de Israel se llegó al acuerdo del 18 de agosto y la retirada de los palestinos en los días siguientes, bajo la inspección de una fuerza multinacional formada por franceses, italianos y norteamericanos. Pero, tras el golpe asestado a Siria y a la URSS, la misma victoria norteamericana-israelí llevaba en sí la semilla de un conflicto de intereses, como eran:

1. El desarrollo de la cuestión palestina.
2. La naturaleza del nuevo sistema a implantar en el Líbano.

El plan Reagan para Gaza, del día 1 de septiembre, encontró una actitud negativa de Israel, por considerarlo una especie de recompensa de Estados Unidos a Jordania y Arabia Saudí, como compensación a su participación en el abandono de Beirut por los palestinos, cuando la verdadera finalidad del plan Reagan, coincidiendo con el jefe del Gobierno israelí, era destruir la credibilidad de los palestinos, aunque de todas formas no se tomaran medidas prácticas para resolver dicho problema, porque el punto de vista del plan del presidente norteamericano no coincidía con el de Sharon para quien la destrucción de los palestinos en el Líbano era requisito para encontrar una solución, favorable a Israel, en la orilla occidental.

El segundo punto de desacuerdo entre los dos países tenía una importancia tal que requería una solución inmediata, afectando a la estructura, en el más breve plazo posible, del nuevo Gobierno libanés. Para los israelíes se trataba de establecer un Estado totalmente sometido, separado del resto del mundo árabe; Estados Unidos deseaba organizar un Estado fuerte y centralizado, a imitación de Egipto, que garantizara la seguridad de Galilea, con relaciones normalizadas con el mundo árabe, particularmente con Arabia Saudí. Pero, el nuevo presidente libanés electo, a pesar de sus deudas con Israel y su muerte por asesinato, el 14 de septiembre, al día siguiente de la precipitada salida de la fuerza multinacional, dejó las cosas tal como previamente estaban, empezando así una segunda fase de la guerra en el Líbano, cuando los dirigentes israelíes más activos, frustrados en la consecución de los objetivos que se habían propuesto y que esperaban alcanzar, decidieron hacer fracasar el plan Reagan y conquistar Beirut, que había dejado de ser la capital de hecho de los palestinos, si bien seguía siendo árabe. Contaba Israel con que la ocupación por sus fuerzas no provocaría la misma reacción de indignación internacional y entre los árabes, especialmente porque había desaparecido los obstáculos materiales y humanos que los impedían. Ciertamente, la ocupación de Beirut constituyó una clara violación de acuerdos anteriores, aunque fueron precisas las masacres de Sabra y Shatila para que Washington comprendiera la amplitud de su despreocupación, pues mientras Francia e Italia se sintieron obligadas a reenviar sus contingentes a Beirut, para la protección de sus campamentos, Estados Unidos no se consideró obligado a compensar su irresponsabilidad, tanto política como humanitaria, y aunque ordenaron a sus unidades de *marines* regresar a Beirut, lo hicieron para estar presentes en las medidas de restauración del Estado libanés y proteger los intereses norteamericanos.

Las medidas aplicadas por Washington pusieron de manifiesto que Estados Unidos ya no contaban con su asociado israelí, que apreció entonces como una verdadera carga, incluso un peligro, para los intereses norteamericanos que, para protegerlos obligó a Washington

a enviar tropas propias y empeñar su prestigio particular actuando directamente en la zona. De todas formas, a pesar de las matanzas citadas y de la significación estratégica de esta decisión, las relaciones con Israel siguieron próximas y estrechas, particularmente:

1. Porque los dirigentes de Estados Unidos no podían criticar excesivamente a Israel teniendo en cuenta su responsabilidad en lo ocurrido, aunque fuera menor que la de los dirigentes de Israel.
2. Por la pérdida en Israel de las esperanzas de establecer un protectorado propio sobre Líbano accediendo rápidamente a las exigencias norteamericanas de retirada de Beirut.
3. Porque la derrota militar y política de los palestinos a un lado las matanzas de Sabra y Shatila se contabilizaba del lado de los dos países.

A pesar de lo antes expuesto, siguió existiendo una serie de puntos potenciales de tensión norteamericana-israelí sobre el Líbano, referidos a las negociaciones para un acuerdo de paz entre Israel y el Líbano y a la coordinación operativa entre el contingente de Estados Unidos y las fuerzas israelíes, desplegadas muy próximas a las puertas de Beirut. Pero esta posibilidad de choque se redujo ante la incapacidad de Washington para imponer una solución al rompecabezas libanés, dando paso lentamente a una notable aproximación entre el Estado norteamericano y el israelí, en la que hay que hacer resaltar la voluntad norteamericana de reactivar la cooperación estratégica con Israel y el hecho de que un fracaso en el aprovechamiento de éste como si fuera una baza a favor de Estados Unidos llevara al resultado de elevar la posición israelí frente a la estadounidense.

Consolidación de la cooperación estratégica

Hay que hacer constar que la incapacidad de Estados Unidos para imponer un sistema favorable en el Líbano le privó del apoyo de importantes grupos libaneses y que Siria recuperó la iniciativa hacia el verano del año 1982, reforzando sus relaciones militares con la URSS, la cual instaló y surtió de dotaciones de personal, misiles antiaéreos *Sam-5* y *Sam-13* más lanzacohetes SS-21. De otro lado, las fuerzas israelíes, cuyo potencial había demostrado ser insuficiente en operaciones de guerrilla e incompetentes en la complejidad política del Líbano, vieron claramente que los proyectos de su ministro Sharon no tenían como base más que unos quiméricos proyectos que carecían de realismo: el establecimiento de un Gobierno central libanés que garantizara la existencia de una frontera pacífica entre Israel y el Líbano. El acuerdo Israel-Líbano de mayo 1983 sería letra muerta y llevó a una movilización contra los norteamericanos de israelíes, falangistas y el mismo ejército libanés leal a Gemayel.

De esa manera aparece, en el otoño del año 1983, un Estado de Israel que, por razones tanto militares como de política interior, quería alejarse de ciertos problemas y un Gobierno norteamericano a la defensiva tras los ataques en Beirut a su Embajada y a sus mismas fuerzas militares, hasta el punto de que solamente consideraciones de prestigio evitaron su abandono del Líbano. Ahora, Washington y Tel Aviv se enfrentaban a un posible y grave contratiempo regional y aún reconociéndose en la primera de dichas capitales que la causa de las dificultades creadas por Estados Unidos tenían su origen en Israel, los dirigentes norteamericanos no tuvieron más alternativa que buscar el apoyo operativo de las fuerzas

israelíes para la protección de su Infantería de Marina destacada en el Líbano y disuadir a Siria.

Consiguientemente, en julio y agosto del año 1983, Norteamérica intentó convencer a Israel que no retirara sus tropas de Shouf o que, por lo menos, la demoraran. Y, en octubre siguiente, cuando importantes grupos de la opinión pública de Israel habían abandonado la idea de comportarse como un instrumento estratégico de Estados Unidos, considerando que sólo debieran intervenir en operaciones militares que, inevitablemente, les impusieran las circunstancias, Washington estimó necesario hacer renacer el acuerdo de cooperación estratégica firmado, dos años antes, paralizado casi inmediatamente después. Así fue como, el día 29 de octubre de 1983, Reagan promulgó la Directiva presidencial sobre Seguridad número 111 (NSDD-111) que para su Gobierno colocaba en lugar prioritario a la cooperación estratégica con Israel, siendo su secretario de Estado, Schultz, uno de sus más sólidos apoyos, quien quería a toda costa reforzar los lazos con dicho país, convirtiéndolo en la pieza clave de la política norteamericana de Oriente Medio.

Significado de la NSDD-111, de 1983, y la cooperación estratégica entre los años 1983 y 1989

El mismo mes de noviembre, tuvieron lugar reuniones bilaterales para la aplicación de dicha directiva presidencial, que tuvieran carácter de reservadas. Shamir, sustituto de Begin y Arens de Sharon, visitaron Washington a finales de dicho mes, creándose un grupo de trabajo político-militar para dirigir el desarrollo de los temas, que inició su labor en enero del año siguiente, teniéndose la impresión de que lo hizo sobre tres temas:

1. Empleo por Estados Unidos de instalaciones sanitarias israelíes, en caso de necesidad.
2. Depósitos de material y equipamiento militar norteamericanos, incluidos hospitales móviles para su instalación en cualquier parte de la zona, en caso de hostilidades.
3. Planificación conjunta y ejercicios militares combinados.

El contenido del memorándum del año 1983, lógicamente, no coincidió con el de 1981, porque, en primer lugar, éste fue forzado por Israel, bajo la doctrina de Sharon, buscando un acuerdo estratégico que sancionara los objetivos regionales israelíes y, en segundo lugar, porque las reservas vinieron del secretario de Defensa de Estados Unidos que entonces lo era Weinberger. En cambio, en el año 1983, la iniciativa partió de Washington, bajo la inspiración de la Presidencia y su secretario de Estado a pesar de mantener éste ciertas reservas. Israel, en el año 1983, no solamente estaba desorientado sobre sus directrices estratégicas, a causa de la guerra del Líbano, sino que además temía que surgieran ciertas complicaciones por el casi reconocimiento oficial que había dado Estados Unidos a su asociación con el Estado judío, admitiendo sus dirigentes que la nueva situación podía permitir a Estados Unidos que Israel actuara más bien de acuerdo con los intereses norteamericanos que con los suyos propios.

Sin embargo, antes de que estas supuestas implicaciones negativas pudieran ser confirmadas por los futuros acontecimientos, las consecuencias inmediatas para Israel puede decirse que fueron positivas, porque a partir del año 1983, la cooperación estratégica adquirió una nueva dimensión. Así, en el mes de marzo de 1984, los dos países firmaron un memorándum que revisó y amplió el alcance del convenido en 1979,

invocándose los principios de cooperación mutua en materias de investigación y desarrollo así como destacando el intercambio de técnicos e ingenieros, material de defensa y apoyo logístico. Meses después, Estados Unidos anunció que se había dado acceso a Israel a la tecnología que necesitaba para la producción del avión de caza *Lavi* para sus Fuerzas Armadas, aunque posteriormente, en agosto de 1987, convencieron a Tel Aviv de que cancelara este programa, por su elevado coste, entre otras causas. Otro sector de cooperación surgió con motivo de la aplicación del programa de Iniciativa de Defensa Estratégica en el que Israel se encontró, junto a los Estados miembros de la OTAN, Australia y Japón, invitado por Washington a participar en los proyectos de investigación. También, en mayo del año 1986, obtuvo ventajas no sólo financieras sino técnicas en otro programa norteamericano destinado a investigar sobre los sistemas de interceptación de misiles convencionales tierra-tierra, como el SS-21, del que los soviéticos habían abastecido a Siria. Más tarde, en febrero del año 1987, adquirió la condición de Estado cooperador, no miembro de la OTAN, en ciertos aspectos de la investigación y desarrollo militar, que tomó forma contractual con la firma de un memorándum por el que se reducían las restricciones impuestas a Israel para las adquisiciones de material militar norteamericano y competir en igualdad de condiciones con empresas norteamericanas y de países miembros de la OTAN.

En abril de 1988, un nuevo memorándome, y por una duración de cinco años, amplió el sector de cooperación bilateral, previéndose reuniones dos veces al año del grupo político-militar y dando origen al grupo conjunto de planificación de seguridad, que se reuniría anualmente, y al grupo conjunto de desarrollo económico, reunido también dos veces al año, para estudiar los problemas de desarrollo de la economía israelí y sus necesidades. A todo lo cual hay que añadir los ejercicios militares que, desde 1983, han venido teniendo lugar entre los dos países, sin dejar traslucir gran cosa a terceros Estados, destacándose las maniobras conjuntas, de junio de 1984, para evacuación de heridos a instalaciones israelíes, utilizando los medios de la VI Flota norteamericana, situada en el Mediterráneo, e igualmente los ejercicios, a nivel de batallón, realizados en abril 1989, con intervención de unidades de *marines* de la VI Flota, helicópteros y artillería, efectuados anteriormente a nivel escalón compañía. Finalmente, debe mencionarse el tema de la instalación en territorio israelí de material militar estadounidense, informándose en el Senado de Estados Unidos de que ya, en el año 1985, habían tenido lugar negociaciones para situarlos y dotarlos instalándose varios depósitos en 1987, a semejanza de lo ya se había hecho en países como Tailandia y Corea del Sur.

Considerada retrospectivamente, la cooperación bilateral reseñada, puede definirse como algo continuado en el tiempo, con Israel actuando como una baza a favor de la política exterior y militar de Estados Unidos, salvo raras excepciones como cuando el Estado judío hubo de responder a una apremiante petición de instalaciones, en su territorio, para la *Voz de América* a la que respondió haciendo las consiguientes reservas para el empleo de este medio de la guerra de ondas contra Moscú, a causa de las posibles repercusiones sobre la emigración de judíos soviéticos, aunque finalmente se accediera a dicha petición de Estados Unidos y reflejando el único caso de participación de Israel, pedida por Norteamérica, en una actividad antisoviética, contra su voluntad expresa. También hubo casos de errores que adquirieron una dimensión desorbitada y gravedad por estimarse como una ruptura de la mutua confianza que presidía las relaciones como, por ejemplo, el

del asunto Jonathan Pollard, ciudadano norteamericano de origen judío implicado en actividades de espionaje a favor de Israel, en noviembre del año 1985, después que desde hacía 14 meses había venido facilitando a sus patrocinadores unos 1.100 documentos confidenciales sobre defensa aérea, armamento estratégico soviético y claves diplomáticas utilizadas por Estados Unidos. Pero, en general, en el periodo 1983-1989, la confianza mutua cotidiana entre las partes dio origen a pocas disconformidades y de escaso nivel. Uno de tales momentos, se presentó con motivo de los levantamientos palestinos que se iniciaron a finales del año 1987, provocando la represión de Israel, el anuncio del proyecto del secretario de Estado norteamericano para arreglo escalonado del problema palestino y el rechazo israelí.

Periodo 1989-1992

Al comenzar el año 1989 habían cambiado muchas las cosas en la escena internacional, donde tenía lugar ya la distensión URSS-Estados Unidos y lo mismo ocurría en el conflicto judeo-palestino en el que la Organización de la Liberación Palestina, a causa de la confianza originada por el levantamiento en los territorios ocupados y la distensión internacional se había lanzado una iniciativa de paz, a finales del año 1988, que propugnaba la coexistencia de los dos Estados con mandato sobre Palestina y la apertura de negociaciones entre palestinos y norteamericanos, finalmente iniciadas en las últimas semanas del mandato Reagan, en diciembre 1988.

Siguiendo la misma línea de cooperación, teñida de ligeras fricciones, siguió la situación en forma más o menos parecida hasta el último trimestre del año 1989, en que el mundo dejó de ser bipolar y surgieron nuevas incógnitas, entre las cuales cabe destacar la estructuración del nuevo orden mundial y cómo se efectuaría la distribución de influencias, aunque regionalmente adquirió gran relieve la inmigración hacia Israel de gran número de judíos de la Unión Soviética, que originó gran incertidumbre entre los países árabes próximos al Estado de Israel.

En la decisión iraquí de invadir Kuwait, el día 2 de agosto, en 1990, la resolución norteamericana de intervenir militarmente tuvo grandes implicaciones sobre la posición ocupada por Israel en la estrategia general de Estados Unidos y, para empezar, representó una negación espectacular de la idea, durante tanto tiempo mantenida, de que Israel era una baza de Norteamérica para el juego de sus intereses en la zona del Golfo, comprobándose claramente que el Estado judío no podía impedir la invasión ni actuar contra los agresores. Antes al contrario, el entusiasmo con que Israel saludó el despliegue de tropas norteamericanas en Arabia Saudí y sus preferencias de que la crisis originada tuviera un fin más bien militar que político, que llegara hasta la destrucción de Irak, demostró, que, por vez primera, Israel contaba con las tropas de Estados Unidos para conjurar un peligro en la misma región conflictiva árabe-israelí, llegándose a decir que la derrota iraquí había sido casi un milagro a favor de Israel, teniendo en cuenta las dificultades ante las que se había enfrentado en la zona de desarrollo del conflicto con los árabes antes de la invasión de Kuwait.

De hecho pues, la intervención de las fuerzas norteamericanas en el Golfo puso de manifiesto el debilitamiento de la posición de Israel como baza favorable para los intereses

de Estados Unidos, pudiendo preguntarse si desde entonces la anterior asociación, tan activa en los años 1980 a 1990, siguió vigente con la misma intensidad, debiendo hacerse constar que, según algunos comentaristas, en la misma época en que empezaron las hostilidades, la cooperación había descendido ya a niveles mínimos entre los Servicios de Información de ambos países, sin apenas intercambiarse consultas en temas operativos, aunque hay que recordar que, en septiembre del año 1990, el jefe de Estado Mayor de las *USA Forces* se vio obligado a dimitir al descubrir ciertos aspectos de la existente cooperación israelí-norteamericana en la campaña en preparación. En aquellos momentos, estaba claro que Estados Unidos había decidido no asociar a Israel en la coalición contra Irak, sí haciéndolo al máximo con los países árabes, pretendiendo con ello evitar la acusación iraquí de que la amenaza de Estados Unidos y la de Israel estaban relacionadas entre sí.

Teniendo en cuenta las manifestaciones antiamericanas y la inestabilidad reinante en el mundo árabe, podría decirse que, en la actualidad, Israel constituye una carga para Estados Unidos, confirmando esta afirmación el hecho de que Bush pidiera a Shamir, en diciembre del año 1990, que dejara sin respuesta un posible ataque iraquí, a lo que el dirigente israelí contestó negativamente, sentando con su contestación una doctrina que habría roto con los precedentes de cooperación entre los dos Estados, sabiéndose que en cuanto los primeros misiles iraquíes cayeron sobre territorio israelí, Washington envió sus baterías de *Patriot* con dotaciones norteamericanas para su empleo antimisil, después de convencer a Israel que no diera respuesta inmediata y directa, evidenciando lo contrario a que Israel fuera una baza a favor de los intereses norteamericanos, siendo ahora el que tomaba sobre sí la defensa de los intereses de Israel. Pero, debe admitirse que se trataba de un caso excepcional no previsto en ninguna ocasión anterior.

Aun así la derrota de Irak y la eliminación de su armamento estratégico puso algo de manifiesto: que ningún Estado árabe podría en el futuro vencer la superioridad israelí, lo que no era reflejo de una nueva situación que reafirmara que Israel es, ante todo, una baza que juega Estados Unidos para sus intereses en Oriente Medio, sino algo ya constatado con la experiencia. Primero, porque la coalición estructurada contra Irak puso de manifiesto que Estados Unidos podría tener que contar con otros aliados que no fueran sólo Israel, tales como Egipto y Arabia Saudí, al mismo tiempo que tolerar la desertión de aliados tradicionales, como el caso de Jordania. Segundo, porque la desintegración de la antigua URSS no permitía seguir hablando de Israel como baluarte de una posible expansión soviética al no existir prácticamente el sujeto de tal posibilidad. Tercero, que sólo Estados Unidos puede enfrentarse con el riesgo que supone la proliferación de los armamentos de destrucción masiva.

Naturalmente, que los israelíes pueden aún considerar alta su colaboración frente al nuevo riesgo de fundamentalismo islámico dirigido contra Occidente.

Puede observarse que la colaboración estratégica Israel-Estados Unidos puede continuar en el periodo que ha seguido a la guerra fría en aspectos tales como ejercicios conjuntos, intercambio de información, investigación y desarrollo del misil *Arrow* pero no en forma de una intervención armada contra un país árabe. Así lo demuestra que, en abril del año 1992, las Fuerzas Armadas de los dos países celebraran importantes ejercicios combinados, hechos públicos por el propio embajador de Estados Unidos en Israel. Algo semejante

puede decirse a nivel diplomático, que siempre ha existido a pesar de frecuentes desacuerdos y fricciones, resueltos prontamente a través de negociaciones. Y donde más claramente se aprecia la colaboración continuada es en el aspecto económico y financiero, donde en el año 1966, hubo una alta aportación bajo forma de aviones *Skyhawk* que hizo que la ayuda militar prepondera sobre las de otro tipo. Ya en el año 1975, se puede observar una progresión con relación a años anteriores, excepto en el inmediato del año 1974, explicada por el puente aéreo montado durante la guerra de octubre. Y la elevada aportación registrada en 1979 se puede explicar por la financiación del redespiegue militar desde el Sinaí, particularmente hacia el Negev, consecuencia del tratado de paz con Egipto. También es de notar que tras la guerra de 1973, las aportaciones a fondo perdido empezaron a sustituir a los créditos, tanto en ayuda militar como económica, como puede deducirse del cuadro 1.

Cuadro 1. Ayuda norteamericana a Israel años 1966-1990, en millones de dólares.

Años	Militar		Económica		Total
	Préstamos	Cesiones	Préstamos	Cesiones	
1970	90,0	-	35,9	0,9	126,8
1971	545,0	-	86,5	2,8	634,3
1973	307,5	-	80,5	104,8	492,8
1974	982,7	1.500,0	72,3	91,3	2.646,3
1975	200,0	100,0	96,0	407,0	803,0
1976	850,0	-	410,3	544,9	2.655,2
1977	500,0	-	272,2	550,4	1.822,6
1979	2.700,0	1.300,0	358,8	554,2	4.913,0
1980	500,0	-	591,9	554,1	2.146,0
1982	850,0	550,0	24	821,5	2.245,5
1984	850,0	850,0	-	926,6	2.626,6
1986	-	1.722,6	15	1.920,9	3.658,0
1988	-	1.800,0	-	1.234,9	3.034,9
1990	-	1.792,3	400	1.245,7	3.428,0

Fuente: Washington D. C. Biblioteca del Congreso, 5 de enero de 1993.

El grupo judío de presión en Estados Unidos

La situación estratégica de Israel y su significación para la política exterior de Estados Unidos aún siendo un factor importantísimo para justificar la ayuda a Israel, considerado como una baza de primer orden en el juego norteamericano, no es por sí sola suficiente para explicar la gran colaboración prestada por Estados Unidos, necesitando complementarla con una exposición de la influencia ejercida en Norteamérica por el llamado *lobby* o grupo judío de presión, como parte integrante de la misma Sociedad norteamericana, que tiene un sentido propio ideológico-cultural.

Sería imposible hacer un estudio riguroso de la política norteamericana en Oriente Medio sin tener en cuenta el papel que en ella desempeña la comunidad judía norteamericana,

que goza incluso de una situación cuasi jurídica a efecto de ejercer sus presiones para intervenir en el proceso de formación de las decisiones, intentando que se adapten a los intereses estratégicos de su país.

¿Qué es el lobby o grupo judío de presión?

En su amplio sentido por *lobby* o grupo judío de presión se entiende la acción política organizada de los judíos norteamericanos, ejercida directamente sobre los legisladores o administradores, con la finalidad de mantener y fomentar la política norteamericana, orientada a favor de Israel. Pero, ni la vida comunitaria de los judíos estadounidenses ni su apoyo directo a este país se pueden considerar como actuación de ese *lobby*, por importantes que puedan ser, ya que la responsabilidad de esa actuación recae directamente sobre la Conferencia de Presidentes de las Principales Organizaciones Judías y Comité Israelí-Norteamericano de Asuntos Públicos o AIPAC.

La primera (Conferencia de Presidentes) es una organización casi sin estructura propia cuyo objetivo principal es definir consensuadamente las pretensiones de la comunidad judía que se refieren a la política norteamericana en Oriente Medio y exponerlas a la Casa Blanca o a la Secretaría de Estado. Se creó en el año 1954, como reacción a una observación hecha por un alto funcionario del Gobierno norteamericano que se lamentó de tener que atender a multitud de peticiones, contradictorias a veces, de diferentes grupos judíos, expresando sus deseos de que sólo existiera un solo interlocutor, por lo que en el año 1966, se decidió la constitución de la conferencia como representante de todas las afiliadas, eligiendo cada dos años su presidente, que es figura importante en la comunidad y tiene acceso a los más altos dignatarios del Gobierno norteamericano, incluso a su presidente. La conferencia sólo pretende llegar a un acuerdo entre sus miembros sobre asuntos que afecten a Israel y no imponer una conducta determinada, pero aún así sus componentes disfrutan de un gran prestigio, pudiendo considerarse a este órgano como el brazo diplomático de la comunidad no sólo en sus relaciones con el Gobierno norteamericano sino también con el israelí, jugando a veces el papel de intermediario entre los dos.

El AIPAC es el verdadero *lobby* proisraelí, registrado como tal en el Senado y la Cámara de Representantes, con derechos y obligaciones estipuladas en la legislación vigente aplicable a los grupos de presión, como por ejemplo la prohibición de contribuir a las campañas financieras electorales de aspirantes a cargos electivos. Fue fundada en el año 1954, con la denominación de Comité Sionista Norteamericano de Asuntos Públicos, pasando en el año 1959 a adoptar su denominación actual. Su sector de actividad son las Cámaras Legislativas y su principal problema ha sido siempre demostrar que no es agente de un gobierno extranjero, porque de serlo tendría otra situación legal que le resultaría menos favorable para sus actividades. Sin embargo, sus comportamientos están coordinados con el Gobierno de Israel.

No se trata de una organización estructurada muy flexiblemente como la mencionada anteriormente Conferencia de Presidentes sino de un sistema muy centralizado que cuenta con una comisión inspectora, de la que forman parte dirigentes de diversas organizaciones judías. Su director ejecutivo es un empleado asalariado que dispone para desempeñar su labor con más de 100 personas que, en el año 1981, sólo eran 20, entre las cuales se encuentran especialistas de la política norteamericana, asuntos exteriores, comuni-

caciones, etc. y actividades de la comunidad judía. Su presupuesto, que era de 250.000 dólares en el año 1973, llegó a 11 millones de dólares en el año 1991.

Como consecuencia de su trabajo cotidiano en las dos Cámaras Legislativas del Congreso estadounidense ha venido a suplantar a la Conferencia de Presidentes como cabeza de hecho de la comunidad judía norteamericana, de la cual se considera su avanzadilla particular.

Funcionamiento

El *lobby* tiene contactos diarios con miembros del Gobierno, diputados y senadores que forman parte de las Comisiones competentes de Asuntos Exteriores, Fuerzas Armadas y Presupuestos, procurando estar informado de las votaciones y voto particular de cada uno de los miembros de las Cámaras y mantiene contactos permanentes con sus auxiliares, quienes juegan un importante papel en el desarrollo del proceso legislativo y preparan los informes, discursos e intervenciones de los legisladores, así como estiman y dan curso a las peticiones de los electores y grupos de presión, siendo ellos los que preparan la legislación, sus enmiendas y organizan las reuniones, preparan los informes y cooperan en la planificación de la estrategia a seguir. Mediante estos contactos se logra información sobre proyectos en marcha antes de que los anuncien los medios de comunicación, lo que facilita el AIPAC identificar los aspectos principales y personas importantes antes de que entren en juego y formular su propia línea de comportamiento, dando oportunidad a intervenir en los primeros momentos y en la forma más favorable, discreta y eficaz para armonizar las posiciones de Estados Unidos con las de Israel o dar cuenta a éste sobre lo que puede o no puede esperar de aquél. Así, cuando en el año 1985, el Gobierno proyectaba efectuar una venta de armas a Jordania y Arabia Saudí, el AIPAC inició sus ataques contra ellas mucho antes de que el Gobierno norteamericano hubiera hecho públicas sus intenciones.

Sus actividades rozan la línea del espionaje, particularmente cuando interesan a temas militares y tecnológicos, siendo acusado el *lobby judío*, en ocasiones, de penetrar en los servicios del Gobierno de Estados Unidos para informar a una potencia extranjera y, en otros casos, especialmente cuando Israel cursa sus peticiones de abastecimiento de material demuestra un mejor conocimiento de las existencias del Departamento de Defensa que el mismo Pentágono.

La información, una vez adquirida, tiene que difundirse entre los interesados, de forma que el *lobby* debe gran parte de su eficacia al Servicio Informativo que facilitan a senadores, diputados y sus auxiliares, en forma dispuesta y preparada para su más fácil utilización por los interesados que, muchas veces, carecen de tiempo y medios para obtenerla por sí mismos, sabiendo de antemano los legisladores y su personal colaborador que podrán siempre contar de antemano con el AIPAC si necesitan una información rápida y fidedigna en los casos en que ellos mismo no disponen de mucho tiempo para acopiarla acudiendo a él antes que a la biblioteca del Congreso, al Servicio de Estudios de éste o a especialistas de la Administración.

Como medio de promoción, el Comité publica 60.000 copias semanales de un boletín titulado *Informes sobre el Próximo Oriente* distribuido, entre otros dirigentes, a miembros

del Congreso, en el que se tratan los acontecimientos de la región y actividades de las Cámaras Legislativas norteamericanas y que contribuye, debido a la ausencia de otros informes, a formar posiciones favorables a Israel, en los que se presenta a este país como la única democracia en Oriente Medio que participa de los valores norteamericanos mientras, simultáneamente, se da una imagen negativa de árabes y palestinos, presentados como contrarios a Occidente, feudales, corruptos y terroristas. A comienzos de los años 1980, el AIPAC publicó una serie de estudios que destacaban el lugar que ocupaba Israel en la estrategia norteamericana y los servicios que podía prestar a Estados Unidos, en los que se ponía de manifiesto la inestabilidad de los regímenes árabes, incluso de los inclinados favorablemente hacia Norteamérica y la inutilidad de una posible cooperación estratégica con ellos. Estas actividades se complementan con visitas organizadas a Israel de personal del Congreso de Estados Unidos.

En sus actividades a favor de Israel, el grupo judío de presión formula juicios sobre personas y grupos a los que da la debida difusión, constituyendo un arma poderosa de la que el *lobby* a veces abusa, destacando favorable o desfavorablemente las relaciones de estas personas con Israel, llegando en cierta ocasión a difundir una especie de lista negra de organizaciones y personalidades caracterizadas por su oposición a Israel así como ciertas publicaciones tal como la titulada *Campaña para desacreditar a Israel*, donde el fomento de los intereses árabes se considera una actividad anti-israelí si atentan a la seguridad de Israel o debilitan sus estrechos lazos con Estados Unidos.

La presión personal contra una determinada política está considerablemente organizada, de forma que si un miembro de las Cámaras Legislativas emite, en cualquier ocasión, su voto contra los intereses de Israel o duda del apoyo a este país, dicha persona puede recibir un gran número de comunicaciones o telegramas, visitas o llamadas telefónicas de personas influyentes de su estado, distrito o circunscripción electoral que le recriminan su comportamiento, para lo cual el *lobby* dispone de listados de dichos comunicantes que pueden movilizarse en cuestión de horas o minutos para tal actividad o al contrario, reafirmar el apoyo del grupo de presión a un comportamiento favorable a Israel.

En principio, tanto la Conferencia de Presidentes como el Comité Israelí-Norteamericano siguen una política bipartidista sin inclinarse abiertamente por uno u otro candidato presidencial o aspirante a congresista, aunque dejan bien sentado quien de ellos es más favorable a la causa de Israel y quien no.

Obtención de medios financieros para las campañas electorales

Como *lobby* oficialmente reconocido, el AIPAC no puede solicitar donativos para financiar las campañas electorales. Pero, la financiación puede tener lugar, dentro de los límites legales, mediante donativos de personas o instituciones creadas expresamente con esa finalidad, como son las Comisiones Acción Política (y el AIPAC no es una de ellas) u órganos promocionados por una empresa, un sindicato, una asociación o cualquier grupo de personas que recibe contribuciones y realiza gastos en las elecciones federales por encima de 1.000 dólares anuales. Los judíos de Estados Unidos, tradicionalmente unidos y ligados a obras de caridad así como su tendencia a ejercer profesiones libres en lugar de trabajar como asalariados son de una generosidad proverbial en su actividad para financiar la campañas de sus candidatos preferidos, citándose el caso de que dos terceras partes

de las mayores contribuciones (superior a 100.000 dólares estadounidenses en la campaña del año 1972 procedieron de judíos y que, en el año 1985, una mayoría de los fondos democráticos y una cuarta parte de los republicanos fueron del mismo origen judío).

Después del escándalo Watergate, el Congreso promulgó la Ley de Financiación de Campañas Electorales, con la que se intentó moralizar la vida pública, y se puso límite de 1.000 dólares a las contribuciones que una persona física puede donar a favor de un candidato a un puesto electivo. Con ello, pudiera pensarse que disminuiría la influencia de *lobby*, pero ocurrió precisamente lo contrario porque el sistema nuevamente implantado, aunque se concibió en el decenio 1940-1950 para las organizaciones obreras para equilibrar la influencia de los grandes donantes, dejaba un resquicio abierto para burlar varias restricciones. Así, aunque cada Comisión de Acción Política sólo podía ofrecer la limitada cantidad de 5.000 dólares a un mismo candidato, nada impedía la creación de cuantas comisiones se quisiera, haciendo posible la donación a un mismo candidato de la aportación de varias «comisiones», incluso aunque estuvieran lejos de su residencia o estado en que estuviera enclavada y también que una misma «comisión» financiara a varios candidatos: además, los límites individuales por persona y cantidad de la aportación puede llegar hasta 25.000 dólares sumando sus varias aportaciones anuales. Por otra parte, cada miembro, de una familia, niños incluidos, puede hacer sus aportaciones *individualmente e independiente de los demás*.

Si con organización y elementos de movilización de recursos humanos se puede contar con una sólida financiación, sin duda el *lobby* judío lo ha conseguido pues la creación de las «comisiones» permitió reforzar su organización y el grado de movilización de sus activistas, cuyo número, por lo demás, se incrementó, haciendo de las «comisiones» el mejor medio para acrecentar el poder del grupo judío de presión. En el año 1984, había 75 «comisiones», aunque su número fuera quizás mayor pues, en muchos casos, algunas de las existentes no tienen ninguna referencia en su designación a Israel u Oriente Medio.

Aunque las cantidades aportadas por la «comisiones» proisraelíes son relativamente limitadas, representando solamente el 40% de la contribución de las existentes en todo Estados Unidos, que parecen ser unas 3.000, se tiene la certeza de que las donaciones totales de los judíos norteamericanos para las campañas electorales, directamente a través de la «comisiones» rebasa dicho porcentaje. Pero, aparte de este detalle, lo que las hace verdaderamente eficaces es la forma de efectuar sus aportaciones. La donación para una campaña se hace en fecha temprana a favor de un candidato relativamente desconocido todavía, en unos momentos en que las cantidades tienen su mayor eficacia porque si el candidato triunfa estará, por esa ayuda temprana, bastante más agradecido. El dinero se destina preferentemente a sectores especiales, como pueden ser miembros de los Comités de Asuntos Exteriores, Fuerzas Armadas o Presupuestos, sirviendo los fondos igualmente para recompensar como para actuar en contra de algunos candidatos que se oponen a la política de Israel. Hasta el presente, no se conocen «comisiones» semejantes que actúen como medio de presión del lado árabe. Cuando los intereses del petróleo y de otros asuntos actúan en forma semejante como instrumentos para ejercer presión lo hacen directamente destacando el producto objeto de su interés y raras veces indirectamente sobre la materia o asunto que se pudiese proporcionar. Un caso conocido de un sistema de donaciones de carácter institucional para promocionar el comercio con

los países de Oriente Medio ha sido el de la Asociación Nacional Árabe-Norteamericana que efectuó contribuciones de 17.350 dólares en el año 1984, de 49.225 en el año 1996 y de unos 25.000 en el año 1988.

El voto judío

El dinero disponible, es sin duda, un elemento decisivo en la selección de candidatos, pero no lo es menos la emisión del voto. Considerando solamente la proporción de la población judía (3% de la población total del país) no se obtiene un cuadro exacto del peso real de su voto en Estados Unidos, siendo varias las razones:

- En primer lugar, la distribución de la población judía no es uniforme en Estados Unidos, siendo mayor en Nueva York, California y Nueva Jersey que en el resto del país. En Nueva York son judíos el 12% de los votantes; en California el 3% y en Nueva Jersey el 6%. Por otra parte, este sector está concentrado en las zonas urbanas de estos estados, que son sus zonas políticas más importantes; así, en la ciudad de Nueva York viven más del 90% de la población judía del estado neoyorquino mientras en Filadelfia reside más del 70% de los judíos de Pennsylvania y en Boston el 68% de los judíos de Massachusetts. Se trata de tres estados que tienen más peso que los demás en las elecciones presidenciales a causa de su gran número de votos electorales, por lo que hay que contar con un efecto multiplicador del voto de los judíos.
- De otro lado, el judío norteamericano está muy politizado ejerciendo su derecho al voto más del 90% de la totalidad mientras solamente el 50% de los restantes ciudadanos de Estados Unidos lo hacen, lo que tiene como consecuencia que aumente el porcentaje del voto judío, particularmente en los estados en que los judíos se concentran. Su mayor influjo se produce en las primarias, donde en el estado de Nueva York constituye la cuarta parte de los votantes demócratas y el 50% en la ciudad neoyorquina.
- Los votantes judíos se sitúan en el centro del espectro electoral, con ligera inclinación a la izquierda, especialmente debido a la forma en que cronológicamente se integraron en la Sociedad norteamericana. Suelen votar por los demócratas, aunque recientemente se han registrado casos de desviaciones sensibles, por lo que se puede decir que se trata de un voto oscilante que se puede volcar de un lado u otro.
- Finalmente, como el judío norteamericano se moviliza siempre pensando muy especialmente en los intereses de Israel emitirá su voto por los candidatos proisraelíes, citándose como ejemplo que el presidente Carter captó, en el año 1976 el 70% de los votos judíos mientras, en el año 1980, en su intento de reelección, no atrajo más del 50% porque, por entonces, parte de los judíos le consideraban contrario a los intereses de Israel.

Una observación más, a causa de los bajos índices de natalidad, de los matrimonios mixtos y de su asimilación por la Sociedad de Estados Unidos, está descendiendo el número total de población judía del país que, por otra parte, está abandonando los estados y distritos densamente poblados por ella, lo que hace presumir que, con el tiempo, podrá ver reducida su influencia en estados y ciudades, disminuyendo su cohesión comunitaria y su peso en las votaciones.

Influencia en política exterior y presupuestos

No hay que insistir mucho en detallar que el Ejecutivo de Estados Unidos, como ocurre en casi todos los países, tiene la iniciativa, prácticamente, en todos los asuntos políticos que

se discuten, particularmente en temas de Defensa y Asuntos Exteriores, participando el brazo legislativo en la aprobación de los problemas planteados. Pero, las Cámaras Legislativas pueden ejercer su control celebrando sesiones sobre temas de política exterior y solicitando informes, periódicos a veces, sobre presupuestos y otros temas especiales provocando discusiones públicas pueden ir formando a la opinión pública en forma favorable a sus puntos de vista.

Especialmente en los casos relacionados con votaciones de asignaciones para ayuda exteriores es donde se realiza la influencia del grupo judío de presión en la formación de la política sobre Oriente Medio, ocurriendo que, regularmente, las Cámaras aprueben con aplastante mayoría todo proyecto que se proponga de ayuda a Israel y que, frecuentemente, a iniciativa propia, incrementen las cantidades solicitadas por el Gobierno. Así, entre los años 1969 y 1976, un 80% de las votaciones del Senado y el 86% de las de la Cámara de Representantes favorecieron a Israel en asuntos relacionados con la ayuda exterior a dicho país.

La votación de los presupuestos es otra oportunidad para que el grupo judío influya sobre los miembros de la Cámara y también para dirigir escritos e informes políticos y diplomáticos que encubren limitaciones a ciertas asignaciones, como ocurrió en el caso de la Ley Antiterrorismo del año 1987, incluida en el proyecto de autorización de créditos para la Secretaría de Estado y misiones diplomáticas en el exterior que impuso al Gobierno el cierre de las oficinas de los palestinos en Washington y las Naciones Unidas. En esta ocasión, la negativa del presidente a firmar la autorización de la asignación presupuestada con el objeto de no ejecutar tal mandato hubiera paralizado también a la Secretaría de Estado. Finalmente, el Gobierno, en marzo del año 1988, pidió a los palestinos que cerrarían sus oficinas en Nueva York, aunque, posteriormente, un juez federal en dicha ciudad invalidara la decisión gubernamental.

Las Cámaras, presionadas por el *lobby* israelí, intervienen decisivamente en la política sobre Oriente Medio, tratando, entre otros asuntos, sobre ventas de armas, para lo cual el Gobierno ha de hacer una notificación, 30 días antes de la decisión de efectuarlas, cuando las ventas excedan de 50 millones de dólares la totalidad de unas compras, o de 14 millones cuando se trate de ventas de un solo tipo de armas. Desde el segundo semestre del año 1970, se puso de manifiesto la oposición de la Cámaras a las ventas destinadas a Jordania y Arabia Saudí, siendo los dos únicos casos ganados por el Ejecutivo los de los suministros a Arabia Saudí, en el año 1978, de aviones F-15 y *Awacs* en el año 1981. Desde entonces, el Gobierno decidió no enfrentarse al Senado o a la Cámara de Representantes en asuntos semejantes, incluso estando comprometida de antemano una venta de armas.

Justificación de la influencia

Más bien que explicar el carácter especial de las relaciones Israel-Estados Unidos hay que hacerlo de las razones de la fuerza que tiene el grupo judío de presión, fundamentalmente destacar los factores externos al mismo *lobby* y que pueden resumirse así:

1. El prestigio del propio Estado de Israel en Estados Unidos.
2. La gran fuerza que ejerce Estados Unidos.
3. Los aspectos ideológicos y culturales de la Sociedad norteamericana.

En primer lugar, Israel goza de un gran prestigio en Estados Unidos y se ha convertido para los judíos de su población en una causa unificadora y movilizadora, en una razón de estímulo de su orgullo y objeto de identificación. Al mismo tiempo, se ha convertido en instrumento de integración activa en la Sociedad norteamericana y el hecho de que el *lobby* judío siga orientaciones fijadas por el Estado de Israel es un factor coadyuvante, siendo de observar a este respecto que antes del nacimiento de Israel como Estado independiente existía un cierto equilibrio entre la comunidad judía en Palestina y las comunidades judías en el resto del mundo. Pero, desde ese nacimiento, en el año 1948, se produjo un vuelco total de las relaciones institucionales, cediendo su peso específico al nuevo Estado, hasta llegar a la situación actual en que las campañas del *lobby* judío en Estados Unidos se realizan bajo las orientaciones de los dirigentes de Israel mediante acciones coordinadas con los propios representantes del Estado judío. Así, la comunidad israelí, a pesar de la diversidad y reservas de muchos de sus miembros respecto a la política de Israel y los mismos métodos del *lobby*, actúa bajo un frente común al objeto de suprimir argumentos que puedan utilizarse por los enemigos de Israel. Puede decirse pues que, al formular la política sobre Oriente Medio, los legisladores norteamericanos están actuando bajo la influencia del prestigio de Israel como Estado, complementado por la debilidad del mundo árabe, pudiendo también decirse lo mismo bajo la dinámica interior de la Sociedad norteamericana en la que ejerce su fuerza el *lobby* judío.

En segundo lugar, la influencia del grupo judío de presión se deriva del hecho de que Estados Unidos es una verdadera superpotencia, lo que hace que un éxito de *lobby* se multiplique varias veces cuando se trata de un asunto de política exterior, al aplicarse con todo el poder de Norteamérica detrás como soporte, atribuyendo al *lobby* no sólo la victoria interior sino también sus efectos en el exterior que, realmente, son debidas al enorme poder de Estados Unidos.

Y la tercera causa incidente sobre la fuerza ejercida por el grupo judío de presión y que actúa directamente sobre quienes toman las decisiones, que favorecen y contribuyen a la solidez de las relaciones norteamericanas-israelíes, es la identificación cultural e ideológica entre los dos países y entre sus habitantes.

A modo de resumen y conclusiones

Los recientes acontecimientos, sin duda, han alterado la importancia recíproca de la asociación entre Estados Unidos e Israel. Durante los últimos años, el interés de Estados Unidos para Israel residía en la ayuda que podían prestarle en el contencioso árabe-israelí, en el que el suministro de armas, el apoyo diplomático y la cooperación de los Servicios de Información fueron asuntos cruciales. Pero, actualmente, los acuerdos de paz de Israel con Egipto y Jordania han resuelto los aspectos militares y diplomáticos del conflicto y si constituían aspectos controvertidos con los palestinos y sirios realmente han descendido a un nivel en el que el apoyo diplomático norteamericano carece del interés que tuvo en el pasado. De otra parte, el interés estratégico de Estados Unidos en Israel estaba centrado en los límites extensos de la guerra fría mantenida con la URSS y Occidente, por el carácter democrático y orientación prooccidental del Estado judío, aparte su potencial científico, humano y tecnológico que le convertían en un asociado destacado. Y decimos

asociado y no aliado porque las relaciones Estados Unidos-Israel nunca tuvieron por base una identidad de intereses amenazados por un peligro común aunque los adversarios pudieran ser comunes, como eran los Estados árabes en estrechas relaciones con la URSS. Para los judíos el problema principal eran los árabes, incluso los países prooccidentales como Jordania y Arabia Saudí, añadiendo los palestinos, pero nunca la Unión Soviética fue el adversario principal del Estado judío. En cambio, sí lo fue para Estados Unidos.

Esta ausencia de enemigo común, explica la no existencia de una alianza formal entre Estados Unidos e Israel en todo el tiempo pasado, en el que solamente existió una asociación con fines estratégicos bajo la cual se crearon estrechos lazos a nivel gubernamental. Pero, nunca se llegó a fundar una alianza formal a nivel gubernamental o estatal, lo que explica las muchas dificultades y divergencias diplomáticas que, en el transcurso del tiempo, surgieron entre ambas partes y que, por tanto, Israel como Estados Unidos tomaran iniciativas unilaterales sin el conocimiento, incluso provocando la disconformidad, de la otra parte. Entre otros, unos ejemplos se encuentran en la intervención en la campaña de Suez, el bombardeo del reactor nuclear iraquí de Osirak, en junio del año 1981, y la aplicación de la ley de Israel en el territorio de las alturas del Golán. Si hubiera existido un enemigo común, no habría tenido lugar estas intervenciones unilaterales ni originado las tensiones a que dieron lugar.

Finalizada la guerra fría han surgido otros problemas que han plantear estas interrogantes:

1. ¿Cuál es la importancia que tiene Israel para Estados Unidos una vez desaparecida la Unión Soviética?
2. ¿Cuál será el sesgo que tomará la dependencia estratégica y económica de Israel respecto a Estados Unidos?
3. ¿De qué forma afectará el proceso de paz a estas relaciones bilaterales según progrese o se estanque?

Sin duda, las relaciones norteamericanas-israelíes no estuvieron nunca fundamentadas exclusivamente en factores geoestratégicos pues junto a éstos existen otros de naturaleza emocional y cultural que harán que Estados Unidos, faro del mundo democrático en el que Israel es el único Estado, de los situados en Oriente Medio, con excepción de Turquía, a pesar de las reservas que se puedan hacer a ésta, que se puede incluir en él. Pero, no se olvide que, al mismo tiempo, Estados Unidos, incluso sus habitantes judíos, son una dificultad para Israel pues la relación entre este último país y el judaísmo norteamericano se ha hecho más complicada y agitada, cuando, en el pasado, los dirigentes judíos de Norteamérica desarrollaron sus ideas sobre la base de lo que era siempre favorable a Israel y así, desde mayo del año 1977 a junio de 1992, periodo en que hubo gobiernos de Likud o de unidad nacional, gran parte de los judíos de Estados Unidos sostuvieron puntos de vista acordes con los del Likud. Cuando, en el año 1992, los laboristas regresaron al poder, algunas organizaciones judías con sede fuera de Israel se mostraron opuestas a la política del Gobierno israelí, provocando la indignación de su primer ministro, que así lo manifestó en su visita a Washington de septiembre de 1995.

También es cierto que los factores geoestratégicos no tienen, en la asociación Israel-Estados Unidos ni la importancia ni la naturaleza que tuvieron en el pasado, aparte de que no hay ninguno que, en la actualidad, acerque a los dos países uno al otro como lo hizo,

en las décadas de 1960 y 1970, la asociación entre árabes y soviéticos. Algunos pretenden encontrar en el fundamentalismo islámico un sustituto del antiguo enemigo común soviético y sus asociados, pero sería ilusorio pensar que podría sustituir al imperialismo soviético como motivación para fundamentar una asociación tan estrecha como lo fue, y en parte, sigue siendo, la existente entre Estados Unidos e Israel. Para empezar, al fundamentalismo le falta unidad, tampoco está armado como una superpotencia, ni sus efectos se dejarán sentir más allá de las sociedades islámicas en las que anida. Y de forma menos directa, ¿cómo podría contribuir, militar o diplomáticamente, a organizar desde el exterior una oposición islámica a cualquier movimiento fundamentalista que triunfara localmente?

Hay otros sectores en los que también se imponen limitaciones a una posible participación de Israel caso de una coalición anti-islámica, habiéndose destacado reiteradamente que el potencial israelí podría colaborar a mantener el flujo de petróleo que mana de los países del golfo Pérsico, que no tienen ya la relación que tuvieron con la Unión Soviética. Sin embargo, la guerra del Golfo mostró la relativa impotencia de Israel para defender el abastecimiento de Occidente del petróleo de dicha zona, no ya militar sino diplomáticamente, y no a causa de sus dificultades operativas sino de las diplomáticas. Todo lo más que pudo hacer fue contribuir desde el margen o el interior de la coalición de norteamericanos y árabes, siendo la necesidad de esta constelación de fuerzas e intereses la causa de que el potencial militar estadounidense vaya en aumento en la zona del Golfo, al mismo tiempo va declinando en otros lugares. En tal mezcla de intereses y medios materiales los intereses de Israel se van diluyendo y, en ocasiones, se hacen políticamente problemáticos.

Desde otro punto de vista la liberación de los Balcanes, del Cáucaso y de Asia Central ha convertido a Turquía en el punto gravitatorio de la política estratégica de la región, que ha sufrido enormes cambios de perspectivas geopolíticas en una zona en que la directa agresión soviética en Oriente Medio ha dejado de ser la principal preocupación, donde tampoco lo es ya la expansión del poderío soviético a través de sus aliados locales. Israel sigue ocupando una situación favorable para convertirse en asociados de Washington como lo has sido en periodos anteriores de tiempo, pero actualmente las mejores condiciones las reúne Turquía que, además, es miembro de la OTAN.

Un terreno en el que la asociación tradicional norteamericana-israelí puede perder importancia es en el armamento estratégico pues los conceptos de disuasión y doctrina militar de ambos países (Estados Unidos e Israel) se están modificando a la vista del peligro de proliferación de armas de destrucción masiva cuando en los últimos decenios, eran prácticamente coincidentes. Estados Unidos se mueve por el impulso de restar protagonismo a las armas nucleares, volviendo al antiguo sistema de base transatlántica que permitan una reacción rápida en situaciones de crisis, dondequiera que surjan, evitando intervenciones que puedan ser amenazantes para la Sociedad norteamericana. En cambio, Israel continúa aferrado a las ventajas de su alta tecnología para desencadenar ataques contundentes y por sorpresa, incluyendo posiblemente los nucleares, a causa de su realidad geográfica y demográfica, que le impone tal comportamiento frente a posibles oponentes potenciales de mejor demografía y mayor superficie territorial.

Vemos pues que la asociación norteamericana-israelí presenta, en un próximo futuro, algunos puntos débiles pero también se mantienen intereses comunes, aún reconociendo

la ya citada relevancia adquirida por Turquía, persistiendo el interés en combatir el terrorismo en Oriente Medio así como impedir la difusión en la región de la tecnología nuclear de la antigua URSS, lo que impone una detallada colaboración logística, de planificación, información, investigación y desarrollo. Además, los asuntos económicos están adquiriendo con el tiempo una mayor relevancia dentro de las relaciones Israel-Estados Unidos, en cuyo marco las exportaciones israelíes a Estados Unidos han alcanzado un alto nivel, hasta el punto de llegar a cubrir casi el 50% de las totales a los diversos países. Complementariamente, la divisa israelí está cada día más ligada al dólar estadounidense, sufriendo sus alzas y descensos, de forma que cuando la divisa norteamericana sube repentinamente, como ocurrió en la primavera del año 1995, los productos israelíes se hacen más caros o ven reducidos sus beneficios si las ventas se hacen en la misma cantidad de dólares.

En la nueva asociación, aunque Estados Unidos necesitará menos de la cooperación de Israel también éste puede necesitar menos de Norteamérica, quizás con la excepción en el terreno nuclear y en algunos otros pocos más. En primer lugar, hay que destacar el contencioso con Irán, país de 70 millones de habitantes, rico en petróleo que para Israel plantea un serio problema podría representar la principal amenaza a su seguridad con lo que tiene mucho que ver la pretensión del primer ministro Peres en su pasada visita a Washington, en noviembre del año 1995, para promocionar y fomentar la cooperación en programas de misiles balísticos de defensa, idea a la que Estados Unidos muestra reservas por la misma razón de siempre, como es la inexistencia de un enemigo común.

Con Egipto y Jordania, Israel firmó tratados de paz, en marzo del año 1979, y octubre de 1994, respectivamente, confiándose en que con ambos países se mantendrán relaciones pacíficas en tanto sigan existiendo los regímenes que imperan en el Cairo y Amman. Militarmente, el principal problema hoy existente es Siria, pero desde la operación *Tormenta del Desierto*, sus fuerzas bélicas son de menor entidad a medida del envejecimiento del material sin reemplazar del antiguo equipamiento soviético, sin esperanzas de cambio de su situación.

A medida que el proceso de paz se va generalizando, la presencia de Israel dentro del esquema de seguridad regional, aunque no desaparezca plenamente sí que irá perdiendo importancia como pudo verse cuando el portaaviones *Theodore Roosevelt*, en agosto del año 1995, desde su anclaje en Haifa, envió sus aviones a Jordania en un despliegue de apoyo al rey Hussein, en momentos de la desertión del yerno de Sadam Hussein de Irak, que fue acogido en el palacio real jordano.

Queda hacer una última alusión al posible regreso de Rusia a la zona de Oriente Medio, cuya influencia sobre el mundo árabe está en sus niveles más bajos pero que, en el futuro, podría volver a ser nuevamente una gran potencia y tener impulsos imperialistas si la democracia no encuentra asiento firme, pues la rivalidad con Estados Unidos en Oriente Medio nunca ha sido ideológica sino geoestratégica, lo cual viene a añadirse al valor de Israel como asociado estratégico de Estados Unidos, que por ahora parece conservará grandes posibilidades de seguir siéndolo, en particular respecto a países próximos al Estado judío, permaneciendo aún sin resolverse favorablemente para todos el problema palestino, girando sobre sus ejes políticos, históricos y jurídicos más bien que sobre el militar.